

LUCAS

Por lo general se supone que este evangelista fue médico y compañero del apóstol Pablo. El estilo de sus escritos, y su familiaridad con los ritos y usos de los judíos, demuestran fehacientemente que era judío, mientras su conocimiento del griego y su nombre, hablan de su origen gentil. Se menciona por primera vez en Hechos xvi, 10, 11, con Pablo en Troas, desde dónde lo atendió hasta Jerusalén, y estuvo con él en su viaje, y en su encarcelamiento en Roma. Este evangelio parece concebido para superar las muchas narraciones defectuosas y no auténticas en circulación, y para dar un relato genuino e inspirado de la vida, milagros y doctrinas de nuestro Señor, aprendidas de los que oyeron y presenciaron sus sermones y milagros.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *Prefacio.* 5—25. *Zacarías e Elisabet.* 26—38. *Anunciación del nacimiento de Cristo.* 39—56. *Encuentro de María y Elisabet.* 57—66. *Nacimiento de Juan el Bautista.* 67—80. *El cántico de Zacarías.*

Vv. 1—4. Lucas no escribe sobre cosas acerca de las cuales pueden diferir entre sí los cristianos, y tener vacilaciones, sino de las cosas que son y deben ser creídas con toda seguridad. La doctrina de Cristo es en lo que los más sabios y mejores hombres han aventurado sus almas con confianza y satisfacción. Los grandes sucesos de los que dependen nuestras esperanzas, fueron narrados por escrito por los que, desde el comienzo, fueron testigos oculares y ministros de la palabra, y fueron perfeccionados en su entendimiento por medio de la inspiración divina.

Vv. 5—25. El padre y la madre de Juan el Bautista eran pecadores como todos somos y fueron justificados y salvados en la misma forma que los demás, pero fueron eminentes por su piedad e integridad. No tenían hijos, y no podía esperarse que Elisabet los tuviera a su avanzada edad. — Mientras Zacarías quemaba el incienso en el templo, toda la multitud oraba afuera. Todas las oraciones que ofrecemos a Dios son aceptadas y exitosas sólo por la intercesión de Cristo en el templo de Dios en lo alto. No podemos tener la expectativa de poseer un interés allí si no oramos, si no oramos con nuestro espíritu, y si no oramos con fervor. Tampoco podemos esperar que lo mejor de nuestras oraciones sean aceptadas y traigan una respuesta de paz, si no es la mediación de Cristo, que siempre vive haciendo intercesión. — Las oraciones que Zacarías ofrecía frecuentemente recibieron una respuesta de paz. Las oraciones de fe son archivadas en el cielo y no se olvidan. Las oraciones hechas cuando éramos jóvenes y entrábamos al mundo, pueden ser contestadas cuando seamos viejos y estemos saliendo del mundo. Las misericordias son doblemente dulces cuando son dadas como respuestas a la oración. — Zacarías tendrá un hijo a edad avanzada, el cual será instrumento para la conversión de muchas almas a Dios, y para su preparación para recibir el evangelio de Cristo. Se presentará ante Él con coraje, celo, santidad y una mente muerta a los intereses y placeres mundanos. Los desobedientes y los rebeldes serían convertidos a la sabiduría de sus antepasados justos, o más bien, llevados a atender la sabiduría del Justo que iba a venir a ellos.

—Zacarías oyó todo lo que dijo el ángel, pero habló su incredulidad. Dios lo trató *justamente* al dejarlo mudo, porque él había objetado la palabra de Dios. Podemos admirar la paciencia de Dios para con nosotros. Dios lo trató *amablemente*, porque así le impidió hablar más cosas apartadas de la fe y en incredulidad. Así, también, Dios confirmó su fe. Si por las reprensiones a que estamos sometidos por nuestro pecado, somos guiados a dar más crédito a la palabra de Dios, no tenemos razón para quejarnos. Aun los creyentes verdaderos son dados a deshonrar a Dios con incredulidad; y sus bocas son cerradas con silencio y confusión, cuando por el contrario, hubieran debido estar alabando a Dios con gozo y gratitud. —En los tratos de la gracia de Dios con nosotros tenemos que observar sus consideraciones bondadosas para con nosotros. Nos ha mirado con compasión y favor y, por tanto, así nos ha tratado.

Vv. 26—38. Aquí tenemos un relato de la madre de nuestro Señor; aunque no debemos orar a ella, de todos modos debemos alabar a Dios por ella. Cristo debía nacer milagrosamente. El discurso del ángel sólo significa: “Salve, tú que eres la escogida y favorecida especial del Altísimo para tener el honor que las madres judías han deseado por tanto tiempo”. —Esta aparición y saludo prodigiosos turbaron a María. El ángel le aseguró entonces que ella había hallado favor con Dios y que sería la madre de un hijo cuyo nombre ella debía llamar Jesús, el Hijo del Altísimo, uno en naturaleza y perfección con el Señor Dios. ¡JESÚS! El nombre que refresca los espíritus desfallecientes de los pecadores humillados; dulce para pronunciar y dulce de oír, Jesús, el Salvador. No conocemos su riqueza y nuestra pobreza, por tanto, no corremos a Él; no nos damos cuenta que estamos perdidos y pereciendo, en consecuencia, Salvador es palabra de poco deleite. Si estuviéramos convencidos de la inmensa masa de culpa que hay en nosotros, y la ira que pende sobre nosotros, lista para caer sobre nosotros, sería nuestro pensamiento continuo: ¿Es mío el Salvador? Para que podamos hallarlo, debemos pisotear todo lo que estorba nuestro camino a Él. La respuesta de María al ángel fue el lenguaje de la fe y humilde admiración, y ella no pidió señal para confirmar su fe. Sin controversia, grande fue el misterio de la santidad, Dios manifestado en carne, 1 Timoteo iii, 16. La naturaleza humana de Cristo debía producirse de esa manera, para que fuera adecuada para Aquel que iba a ser unido con la naturaleza divina. Debemos, como María aquí, guiar nuestros deseos por la palabra de Dios. En todos los conflictos tenemos que recordar que nada es imposible para Dios; y al leer y oír sus promesas, convirtámoslas en oraciones: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.

Vv. 39—56. Muy bueno es que aquellos en cuyas almas ha comenzada la obra de la gracia se comuniquen entre sí. Elisabet estaba consciente, cuando llegó María, de que se acercaba la que iba a ser la madre del gran Redentor. Al mismo tiempo, fue llena del Espíritu Santo, y bajo su influencia declaró que María y ella esperaban hijos que serían altamente bendecidos y felices, y particularmente honrados y queridos para el Dios Altísimo. —María, animada por el discurso de Elisabet, y también bajo la influencia del Espíritu Santo, prorrumpió en gozo, admiración, y gratitud. Se sabía pecadora que necesitaba un Salvador, y que, de lo contrario, no podía regocijarse en Dios más que como interesada en su salvación por medio del Mesías prometido. Los que captan su necesidad de Cristo, y que están deseosos de tener justicia y vida en Él, a esos llena con cosas buenas, con las cosas mejores; y son abundantemente satisfechos con las bendiciones que da. Él satisfará los deseos del pobre en espíritu que anhela bendiciones espirituales, mientras los autosuficientes serán enviados lejos.

Vv. 57—66. En estos versículos tenemos un relato del nacimiento de Juan el Bautista, y del gran gozo de todos los familiares. Se llamaría Juan o “lleno de gracia”, porque introducirá el evangelio de Cristo, en el cual brilla más la gracia de Dios. —Zacarías recuperó el habla. La incredulidad cerró su boca y al creer se la volvió a abrir: cree, por tanto, habla. Cuando Dios abre nuestros labios, las bocas deben mostrar su alabanza; y mejor estar mudo que no usar el habla para alabar a Dios. Se dice que la mano del Señor estaba obrando en Juan. Dios tiene maneras de obrar en los niños, en su infancia, que nosotros no podemos entender. Debemos observar los tratos de Dios y esperar el acontecimiento.

Vv. 67—80. Zacarías pronuncia una profecía acerca del reino y la salvación del Mesías. El

evangelio trae luz consigo: en él alborea el día. En Juan el Bautista empezó a alborear y su luz fue en aumento hasta que el día fue perfecto. El evangelio es *conocimiento*; muestra aquello en lo cual estábamos completamente en tinieblas; es para dar luz a los que se sienten a oscuras, la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. *Revive*; trae luz a los que se sientan en sombra de muerte, como prisioneros condenados en la mazmorra. *Guía*, encamina nuestros pasos por el camino de paz, a ese camino que nos traerá la paz al fin, Romanos iii, 17. Juan dio pruebas de fe firme, afectos fuertes y piadosos y de estar por encima del miedo y del amor al mundo. Así, él maduró para el servicio, pero llevó una vida retirada, hasta que salió a escena, abiertamente, como el precursor del Mesías. Sigamos la paz con todos los hombres, y procuremos la paz con Dios y con nuestras propias conciencias. Si es la voluntad de Dios y vivamos desconocidos para el mundo, aún así busquemos diligentemente crecer firmes en la gracia de Jesucristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El nacimiento de Cristo.* 8—20. *Dado a conocer a los pastores.* 21—24.

Presentación de Cristo en el templo. 25—35. *Simeón profetiza acerca de Jesús.* 36—40. *Ana profetiza sobre Él.* 41—52. *Cristo con los sabios en el templo.*

Vv. 1—7. La plenitud del tiempo estaba ahora por llegar, cuando Dios enviaría a su Hijo, hecho de mujer, y sometido a la ley. Las circunstancias de su nacimiento fueron muy viles. Cristo nació en una posada; vino al mundo a estar aquí por un tiempo, como en una posada, y a enseñarnos a hacer lo mismo. El pecado nos hace como un infante abandonado, indefenso y solitario; y así fue Cristo. Él supo bien cuán poca voluntad hay para que nos alojen, nos vistan, nos alimenten pobremente; cuánto deseamos tener a nuestros hijos ataviados y consentidos; cuán dados son los pobres a envidiar al rico, y cuánto tienden los ricos a desdeñar a los pobres. Pero cuando por fe vemos al Hijo de Dios que es hecho hombre y yace en un pesebre, nuestra vanidad, ambición y envidia son frenadas. No podemos buscar grandes cosas para nosotros mismos o para nuestros hijos teniendo este objeto justo ante de nosotros.

Vv. 8—20. Los ángeles fueron heraldos del recién nacido Salvador, pero fueron enviados solo a unos pastores pobres, humildes, piadosos, trabajadores, que estaban ocupados en su vocación, vigilando sus rebaños. No estamos fuera del camino de las visitas divinas cuando estamos empleados en una vocación honesta y permanecemos con Dios en ello. Que Dios tenga el honor de esta obra; Gloria a Dios en lo alto. La buena voluntad de Dios para con los hombres, manifestada en el envío del Mesías, redundará para su gloria. Otras obras de Dios son para su gloria, pero la redención del mundo es para su gloria en lo alto. La buena voluntad de Dios al enviar al Mesías, trajo paz a este mundo inferior. La paz es puesta aquí para todo lo bueno que fluye a nosotros desde que Cristo asumió nuestra naturaleza. Dicho fiel es éste, avalado por una compañía incontable de ángeles, y bien digno de toda aceptación: Que la buena voluntad de Dios para con los hombres es gloria a Dios en lo alto, y paz en la tierra. —Los pastores no perdieron tiempo; se fueron presurosos al lugar. Se satisficieron y dieron a conocer por todas partes acerca de este niño, que Él era el Salvador, Cristo el Señor. —María observa cuidadosamente y piensa en todas estas cosas, que eran tan buenas para vivificar sus piadosos afectos. Debemos ser librados más de los errores de juicio y práctica si sopesáramos más plenamente estas cosas en nuestros corazones. Aun se proclama en nuestros oídos que *nos es* nacido un Salvador, Cristo el Señor. Esta debe ser buena nueva para todos.

Vv. 21—24. Nuestro Señor Jesús no nació en pecado y no necesitó la mortificación de una naturaleza corrupta o la renovación para santidad, que significaba la circuncisión. Esta ordenanza fue, en su caso, una prenda de su futura obediencia perfecta de toda la ley, en medio de sufrimientos y tentaciones, aun hasta la muerte por nosotros. —Al final de los cuarenta días, María fue al templo

a ofrecer los sacrificios establecidos para su purificación. José presenta también al santo niño Jesús, porque como primogénito, tenía que ser presentado al Señor, y ser redimido conforme a la ley. Presentemos nuestros hijos al Señor que nos los dio, rogándole que los rescate del pecado y la muerte, y los haga santos para Él.

Vv. 25—35. El mismo Espíritu que proveyó para sostener la esperanza de Simeón, proveyó para su gozo. Los que desean ver a Cristo deben ir a su templo. He aquí una confesión de su fe, que el Niño que tiene en sus brazos era el Salvador, la salvación misma, la salvación planificada por Dios. Se despide de este mundo. ¡Cuán pobre le parece este mundo al que tiene a Cristo en sus brazos, y la salvación a la vista! Véase aquí, cuán consoladora es la muerte de un hombre bueno; se va en paz con Dios, en paz con su conciencia, en paz con la muerte. Los que dieron la bienvenida a Cristo, pueden dar la bienvenida a la muerte. —José y María se maravillaban antes las cosas que se decían del Niño. Simeón les muestra igualmente cuánta razón tenían para regocijarse con temblor. Aún se habla contra Jesús, su doctrina y su pueblo; aún se niega y blasfema su verdad y su santidad; su palabra predicada sigue siendo la piedra de toque del carácter de los hombres. Los buenos afectos secretos de las mentes de algunos, serán revelados al abrazar a Cristo; las corrupciones secretas de los demás serán reveladas por su enemistad con Cristo. Los hombres serán juzgados por los pensamientos de sus corazones en relación a Cristo. Él será un Jesús sufriente; su madre sufrirá con Él debido a la cercanía de la relación y el afecto de ella.

Vv. 36—40. Entonces había mucho mal en la Iglesia, sin embargo, Dios no se quedó sin testigo. Ana siempre estaba ahí o, al menos iba al templo. Estaba si siempre en espíritu de oración; se entregaba a la oración y en todas las cosas servía a Dios. Aquellos a quienes Cristo se da a conocer, tienen muchos motivos para dar gracias al Señor. Ella enseñaba a los demás acerca de Él. Que el ejemplo de los venerables santos, Simeón y Ana, den valor a aquellos cuyas cabezas canas, como las de ellos, son corona de gloria, si se encuentran en el camino de la justicia. Los labios que pronto se silenciarán en la tumba, deben dar alabanzas al Redentor. —En todas las cosas convino a Cristo ser hecho semejante a sus hermanos, por tanto, pasó la infancia y la niñez como los otros niños, pero sin pecado y con pruebas evidentes de la naturaleza divina en Él. Por el Espíritu de Dios todas sus facultades desempeñaron los oficios de una manera no vista en nadie más. Otros niños tienen abundante necesidad en sus corazones, lo que se advierte en lo que dicen o hacen, pero Él estaba lleno de sabiduría por el poder del Espíritu Santo; todo lo que dijo e hizo fue dicho y hecho sabiamente, por sobre su edad. Otros niños muestran la corrupción de su naturaleza; nada sino la gracia de Dios estaba sobre Él.

Vv. 41—52. Por el honor de Cristo es que los niños deben asistir al servicio público de adoración. Sus padres no regresaron hasta que se quedaron los siete días de la fiesta. Bueno es quedarse hasta el final de una ordenanza como corresponde a quienes dicen: Bueno es estar aquí. Los que perdieron sus consolaciones en Cristo, y las pruebas de que tenían parte en Él, deben reflexionar dónde, y cuándo y cómo los perdieron y deben regresar. Los que recuperen su pérdida familiaridad con Cristo, deben ir al lugar en que Él ha puesto su nombre; allí pueden esperar encontrarlo. —Ellos lo hallaron en alguna parte del templo, donde los doctores de la ley tenían sus escuelas; estaba sentado allí, oyendo su instrucción, planteando preguntas y respondiendo interrogantes, con tal sabiduría, que quienes lo oían se deleitaban con Él. Las personas jóvenes deben procurar el conocimiento de la verdad divina, asistir al ministerio del evangelio, y hacer tales preguntas a sus ancianos y maestros que tiendan a incrementar su conocimiento. —Los que buscan a Cristo con lloro, lo hallarán con el gozo más grande. ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre debo estar? Debo estar en la casa de mi Padre; en la obra de mi Padre; debo ocuparme en el negocio de mi Padre. He aquí un ejemplo, porque conviene a los hijos de Dios, en conformidad con Cristo, asistir al negocio de su Padre celestial y hacer que todos los demás intereses le cedan el lugar. Aunque era el Hijo de Dios, no obstante, estuvo sometido a sus padres terrenales; entonces, ¿cómo responderán los hijos de los hombres, débiles y necios, que desobedecen a sus padres? —Como sea que rechazamos los dichos de los hombres, porque son oscuros, no debemos pensar así de los dichos de Dios. Lo que al principio es oscuro puede, después, volverse claro y fácil. Los más grandes y más sabios, los más eminentes, pueden aprender de este admirable Niño Divino, que

conocer nuestro lugar y oficio es la grandeza más verdadera del alma; para negarnos las diversiones y placeres que no conciben con nuestro estado y vocación.

CAPÍTULO III

Versículos 1—14. *El ministerio de Juan el Bautista.* 15—20. *Juan el Bautista testifica de Cristo.* 21, 22. *El bautismo de Cristo.* 23—38. *La genealogía de Cristo.*

Vv. 1—14. El alcance y designio del ministerio de Juan eran llevar al pueblo desde sus pecados a su Salvador. Vino a predicar, no una secta ni un partido político, sino una profesión de fe; el signo o ceremonia era el lavamiento con agua. Por las palabras aquí empleadas, Juan predicó la necesidad del arrepentimiento para la remisión de pecados, y que el bautismo de agua era una señal externa de la purificación interna y la renovación del corazón que acompaña, o son los efectos del arrepentimiento verdadero y profesión de arrepentimiento. Aquí en el ministerio de Juan está el cumplimiento de las Escrituras, Isaías xl, 3. Cuando en el corazón se hace camino para el evangelio, abatiendo a los pensamientos altivos y llevándolos a la obediencia de Cristo, allanando el alma y eliminando todo lo que nos estorbe en el camino de Cristo y de su gracia, entonces se efectúan los preparativos para dar la bienvenida a la salvación de Dios. —Aquí hay advertencias y exhortaciones generales que dio Juan. La culpable raza corrupta de la humanidad llegó a ser una generación de víboras; odiaban a Dios y se odiaban unos a otros. No hay manera de huir de la ira venidera, sino por el arrepentimiento, y el cambio de nuestra conducta debe demostrar el cambio de nuestra mentalidad. Si no somos realmente santos, de corazón y de vida, nuestra profesión de religión y relación con Dios y su Iglesia, no nos servirá para nada en absoluto; más penosa será nuestra destrucción si no damos frutos dignos de arrepentimiento. —Juan el Bautista dio instrucciones a varias clases de personas. Los que profesan y prometen arrepentimiento deben demostrarlo por su reforma, según su ocupación y su condición. El evangelio requiere misericordia, no sacrificio; y su objetivo es comprometernos a todos a hacer todo el bien que podamos, y a ser justos con todos los hombres. El mismo principio que lleva a los hombres a renunciar a las ganancias injustas, los lleva a restaurar lo ganado en mala forma. —Juan dice su deber a los soldados. Se debe advertir a los hombres contra las tentaciones de sus empleos. Las respuestas declaran el deber presente de los que preguntaban y, de inmediato, se constituían en una prueba de su sinceridad. Como nadie puede o quiere aceptar la salvación de Cristo sin arrepentimiento verdadero, así se señalan aquí la evidencia y los efectos del arrepentimiento.

Vv. 15—20. Juan el Bautista reconoce que no es el Cristo; pero confirma las expectativas de la gente sobre el tan largamente prometido Mesías. Sólo podía exhortarlos a arrepentirse y asegurar el perdón por el arrepentimiento, pero no podía obrar el arrepentimiento en ellos ni conferirles la remisión. Así nos corresponde hablar elevadamente de Cristo y humildemente de nosotros mismos. Juan no podía hacer más que bautizar con agua, como señal de que debían purificarse y limpiarse, pero Cristo puede y quiere bautizar con el Espíritu Santo; Él puede dar el Espíritu para que limpie y purifique el corazón, no sólo como el agua lava la inmundicia por fuera sino como el fuego limpia la escoria interna y funde el metal para que sea echado en un nuevo molde. —Juan era un predicador *afectuoso*; suplicaba; iba directo al corazón de sus oyentes. Era un predicador *práctico*: los despertaba para cumplir con su deber y los dirigía hacia ellos. Era un predicador *popular*: se dirigía a la gente según la capacidad de ellos. Era un predicador *evangélico*: en todas sus exhortaciones guiaba a la gente a Cristo. Cuando presionamos a la gente con el deber, tenemos que guiarlos a Cristo, por justicia y por fuerza. Fue un predicador *copioso*: no dejaba de declarar todo el consejo de Dios, pero cuando estaba en la mitad de su vida útil, se le puso un repentino final a la predicación de Juan. Siendo Herodes, por sus muchas maldades, reprobado por él, encarceló a Juan. Los que dañan a los siervos fieles de Dios, agregan culpa más grande aun a sus otros pecados.

Vv. 21, 22. Cristo no confesó pecado, como los demás, porque nada tenía que confesar; sino que oró, como los demás, y mantuvo la comunión con su Padre. —Fijaos que las tres palabras del cielo, por las cuales el Padre dio testimonio de su Hijo, fueron pronunciadas mientras oraba o poco después, Lucas ix, 35; Juan xii, 28. —El Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal como paloma, y vino una voz del cielo, desde Dios Padre, desde la magnífica gloria. Así, en el bautismo de Cristo se dio prueba de la Santa Trinidad, de las Tres Personas de la Divinidad.

Vv. 23—38. La lista que da Mateo de los antepasados de Jesús muestra que Cristo era el hijo de Abraham, en quien son bendecidas todas las familias de la tierra, y heredero del trono de David; pero Lucas demuestra que Jesús era la Simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, y remonta su linaje a Adán, empezando con Elí, el padre, no de José, sino de María. Las evidentes diferencias entre ambos evangelistas en las listas de nombres fueron solucionadas por hombres doctos. Pero nuestra salvación no depende de que seamos capaces de resolver estas dificultades, ni la autoridad divina de los evangelios es debilitada por ellas. —La lista de nombres termina así: “que fue el hijo de Adán, el hijo de Dios”, esto es, la prole de Dios por creación. Cristo fue el hijo de Adán e Hijo de Dios, para que fuera el Mediador apropiado entre Dios y los hijos de Adán, y pudiera llevar a los hijos de Adán, por medio de Él, a ser los hijos de Dios. Toda carne, por descender del primer Adán, es como pasto, y se marchita como la flor del campo, pero el que participa del Espíritu Santo de la vida del Segundo Adán, tiene esa dicha eterna que, por el evangelio, nos es predicada.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—13. *La tentación de Cristo.* 14—30. *Cristo en la sinagoga de Nazaret.* 31—44. *Expulsión de un espíritu inmundo y sana al enfermo.*

Vv. 1—13. Al ser llevado al desierto Cristo dio ventaja al tentador; porque estaba solo, nadie estaba con Él para que, por las oraciones y consejos de ellos, hubiera recibido ayuda en la hora de la tentación. Él, que conocía su fuerza, podía dar ventaja a Satanás, pero no nosotros, que conocemos nuestra debilidad. Siendo en todas las cosas semejante a sus hermanos, Jesús, como los otros hijos de Dios, viviría en dependencia de la providencia y la promesa divina. La palabra de Dios es nuestra espada, y la fe en la palabra es nuestro escudo. Dios tiene muchas maneras de proveer a su pueblo y, por tanto, debemos depender de Él en todo tiempo en el camino del deber. —Todas las promesas de Satanás son engañosas; y si se le permite el poder de disponer de los reinos del mundo y la gloria de ellos, los usa como carnada para atrapar hombres para destruir. Debemos rechazar de inmediato, y con aborrecimiento, toda oportunidad de ganancia o avance pecaminoso, como precio ofrecido por nuestra alma; debemos procurar las riquezas, los honores y la dicha sólo en la adoración y el servicio de Dios. Cristo no adora a Satanás; ni tolera que queden vestigios de la adoración al diablo para cuando su Padre le entregue el reino del mundo. —Satanás también tentó a Jesús para que fuera su propio asesino por una confianza incorrecta en la protección de su Padre, de la cual no tenía garantía. —Ningún mal de la Escritura de parte de Satanás o de los hombres abata nuestra estima, o nos haga abandonar su utilidad; sigamos estudiándola, procurando conocerla, y buscando nuestra defensa en ella contra toda clase de ataques. La palabra habite en nosotros en abundancia, porque es nuestra vida. Nuestro Redentor victorioso venció, no sólo por Él, sino también por nosotros. El diablo terminó toda tentación. Cristo lo dejó probar toda su fuerza y lo derrotó. Satanás vio que no tenía sentido atacar a Cristo, que nada tenía en Él donde se agarraran sus dardos de fuego. Si resistimos al diablo, huirá de nosotros. —Aunque se fue, lo hizo temporalmente hasta cuando de nuevo iba a ser suelto sobre Jesús, no como tentador para llevarlo al pecado, y así golpear su cabeza, a lo cual apuntaba ahora y fue totalmente derrotado, sino como perseguidor para llevar a Cristo a sufrir, y así herir su calcañar, que se le dijo que tendría que hacer, y querría hacer, aunque fuera herir su propia cabeza, Génesis iii, 15. Aunque Satanás se vaya por

una temporada, nunca estaremos fuera de su alcance hasta que sea sacado de este presente mundo malo.

Vv. 14—30. Cristo enseñó en las sinagogas, los lugares de adoración pública, donde se reunían a leer, exponer y aplicar la palabra, a orar y alabar. Todos los dones y las gracias del Espíritu estaban sin medida sobre Él y en Él. Por Cristo pueden los pecadores ser librados de las ataduras de la culpa y, por su Espíritu y su gracia, de las ataduras de la corrupción. Él vino por la palabra de su evangelio a traer luz a quienes estaban en tinieblas, y por el poder de su gracia, a dar vista a los que estaban ciegos. Predicó el año agradable del Señor. Los pecadores deben oír la invitación del Señor cuando se proclama la libertad. —El nombre de Cristo era Maravilloso; en nada lo fue más que en la palabra de su gracia, y el poder que iba con ella. Bien podemos maravillarnos que dijera las palabras de gracia a infelices desdichados como la humanidad. Algún prejuicio suele presentar una objeción contra la doctrina de la cruz que humilla; y aunque es la palabra de Dios que incita la enemistad de los hombres, ellos culparán a la conducta o los modales del orador. La doctrina de la soberanía de Dios, su derecho a hacer su voluntad, provoca a los hombres orgullosos. Ellos no procuran su favor a su manera; y se enojan cuando los demás tienen los favores que ellos rechazan. Aún sigue Jesús rechazado por las multitudes que oyen el mismo mensaje de sus palabras. Aunque lo vuelven a crucificar en sus pecados, podemos honrarlo como Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, y procurar mostrar por nuestra obediencia que así lo hacemos.

Vv. 31—44. La predicación de Cristo afectaba mucho a la gente; y un poder que obraba iba con ella a la conciencia de los hombres. Los milagros demostraban que Cristo es el que domina y vence a Satanás, y que sana enfermedades. Donde Cristo da vida nueva, en la recuperación de una enfermedad, debe ser una vida nueva dedicada más que nunca a su servicio, a su gloria. Nuestra ocupación debe ser difundir ampliamente la fama de Cristo en todo lugar, buscarlo por cuenta de los enfermos de cuerpo y mente, y usar nuestra influencia para llevar a Él a los pecadores, para que sus manos puedan ser impuestas sobre ellos para que sean sanados. —Él expulsa los demonios de muchos que estaban poseídos. No fuimos enviados al mundo para vivir para nosotros sólo, sino para glorificar a Dios y hacer el bien a nuestra generación. La gente lo buscaba e iba a Él. Un desierto no es desierto si estamos con Cristo. Él continuará con nosotros, por su palabra y su Espíritu, y extenderá las mismas bendiciones a otras naciones hasta que, por toda la tierra, los siervos y adoradores de Satanás sean llevados a reconocerle como el Cristo, el Hijo de Dios, y hallen redención por medio de su sangre, el perdón de pecados.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *La pesca milagrosa.*—*Llamamiento de Pedro, Santiago y Juan.* 12—16.

Limpieza de un leproso. 17—26. *Sanidad de un paralítico.* 27—39. *Llamamiento de Leví.*—*La respuesta de Cristo a los fariseos.*

Vv. 1—11. Cuando Cristo terminó de predicar le dijo a Pedro que se dedicara a su ocupación habitual. El tiempo pasado en los ejercicios públicos de la religión durante los días de semana, no deben ser estorbo en cuanto al tiempo, pero pueden ser de gran ayuda en cuanto a la disposición mental respecto de nuestra ocupación secular. Con qué alegría podemos ocuparnos de los deberes de nuestra ocupación cuando hemos estado con Dios y, de ese modo, ¡santificamos el trabajo por la palabra y la oración! Aunque nada habían pescado, Cristo les dijo que volvieran a echar sus redes. No debemos dejar abruptamente nuestra ocupación, porque no tengamos en ella el éxito que deseamos. Probablemente nos vaya bien cuando sigamos la dirección de la palabra de Cristo. —La redada de peces fue un milagro. Todos debemos, como Pedro, reconocernos como pecadores, por tanto, Jesucristo podría apartarse de nosotros con toda justicia. Pero debemos rogarle que *no* se vaya; porque, ¡ay de nosotros si el Salvador se aparta de los pecadores! Más bien roguémosle que

venga y habite en nuestro corazón por fe, para que pueda transformarlo y limpiarlo. Los pescadores abandonaron todo y siguieron a Jesús, cuando prosperó su trabajo. Cuando las riquezas aumentan y somos tentados a poner en ellas nuestro corazón, y dejarlas entonces por Cristo, es digno de gratitud.

Vv. 12—16. Se dice que este hombre estaba cubierto de lepra; tenía esa dolencia en alto grado, lo que representa nuestra contaminación natural con el pecado; estamos llenos de lepra; desde la mollera a la planta de los pies no hay cosa sana en nosotros. La confianza fuerte y la humildad profunda están unidas en las palabras de este leproso. Si cualquier pecador dice, por un sentido profundo de vileza: Yo sé que el Señor puede limpiar, pero ¿mirará a uno como yo? ¿Aplicará su sangre preciosa para mi limpieza y salud? Sí, Él querrá. No hables como si dudara, sino humildemente refiere la cuestión a Cristo. Estando salvados de la culpa y del poder de nuestros pecados, difundamos por todas partes la fama de Cristo y llevemos a otros a oírle y a ser sanados.

Vv. 17—26. ¡Cuántos hay en nuestras asambleas, donde se predica el evangelio, que no se someten a la palabra, sino que la soslayan! Para ellos es como cuento que se les narra, no un mensaje enviado *a ellos*. —Obsérvese los deberes que nos son enseñados y recomendados por la historia del paralítico. Al apelar a Cristo debemos ser muy insistentes; eso es prueba de fe, y muy agradable a Cristo y prevalece ante Él. Danos, Señor, la misma clase de fe respecto de tu habilidad y voluntad para sanar nuestras almas. Danos el deseo del perdón de pecado más que de bendiciones terrenales o la vida misma. Capacítanos para creer en tu poder de perdonar pecados; entonces nuestras almas se levantarán alegremente e irán donde te agrade.

Vv. 27—39. Fue un prodigio de la gracia de Cristo que llamara a un publicano para que sea su discípulo y seguidor. Fue un prodigio de su gracia que el llamado fuese hecho tan eficazmente. Fue un prodigio de su gracia que viniera a llamar pecadores al arrepentimiento y que les asegure el perdón. Fue un prodigio de su gracia que soportara con tanta paciencia la contradicción de pecadores contra sí mismo y contra sus discípulos. Fue un prodigio de su gracia que fijara los servicios de sus discípulos según su fuerza y posición. El Señor prepara gradualmente a su pueblo para las pruebas asignadas a ellos; debemos imitar su ejemplo al tratar con los débiles en la fe o con el creyente en tentación.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *Los discípulos cortan trigo en el día de reposo.* 6—11. *Se puede hacer obras de misericordia en el día de reposo.* 12—19. *Elección de los apóstoles.* 20—26. *Bendiciones y ayes.* 27—36. *Cristo exhorta a la misericordia,* 37—49. *y a la justicia y sinceridad.*

Vv. 1—5. Cristo justifica a sus discípulos en una obra necesaria para ellos mismos en el día de reposo; era sacar trigo cuando tenían hambre, pero debemos cuidar de no confundir esta libertad equivocándola con un permiso para pecar. Cristo quiere que sepamos y recordemos que este es su día, por tanto, debe dedicarse a su servicio y a su honra.

Vv. 6—11. Cristo no se avergüenza ni teme reconocer los propósitos de su gracia. Sana al pobre aunque sabía que sus enemigos iban a utilizarlo en su contra. Ninguna oposición nos aleje de nuestro deber o de ser útiles. Bien podremos asombrarnos de que los hijos de los hombres sean tan malos.

Vv. 12—19. A menudo pensamos que media hora es mucho tiempo para pasar meditando y orando en secreto, pero Cristo pasaba noches enteras dedicado a estos deberes. Al servir a Dios nuestra mayor preocupación debe ser no perder el tiempo, sino hacer que el final de un buen deber sea el comienzo de otro. —Aquí se nombran los doce apóstoles; nunca hubo hombres tan privilegiados, pero uno de ellos tenía un demonio, y resultó ser traidor. —Los que no tienen cerca

de ellos una predicación fiel, es mejor que viajen una larga distancia, pero que no se queden sin ella. Indudablemente tiene valor ir a gran distancia para oír la palabra de Cristo, y salirse del camino de otras ocupaciones para eso. Vinieron a ser curados por Él y los sanó. Hay gracia plena y virtud sanadora en Cristo, dispuestas a salir de Él, que bastan para todos, y bastan para cada uno. Los hombres consideran que las enfermedades del cuerpo son males más grandes que los del alma; pero la Escritura nos enseña en forma diferente.

Vv. 20—26. Aquí empieza un sermón de Cristo, cuya mayor parte se halla también en Mateo v, a vii. Sin embargo, algunos piensan que este fue predicado en otro tiempo y otro lugar. Todos los creyentes que toman los *preceptos* del evangelio para sí y viven por ellos, pueden tomar las *promesas* del evangelio para sí y vivir sobre la base de ellas. Se pronuncian ayes contra pecadores prósperos dado que son gente miserable, aunque el mundo los envidia. Indudablemente bendecidos son los que Cristo bendice, pero, ¡deben ser horrorosamente miserables quienes caen bajo su ay y su maldición! ¡Qué tremenda ventaja tendrá el santo respecto del pecador en el otro mundo! ¡Y qué diferencia amplia habrá en sus recompensas, por mucho que aquí pueda prosperar el pecador y el santo ser afligido!

Vv. 27—36. Estas son lecciones duras para carne y sangre, pero si estamos bien fundados en la fe del amor de Cristo, esto hará que sus mandamientos nos sean fáciles. Todo el que va a Él para lavarse en su sangre y conocer la grandeza de la misericordia y del amor que hay en Él, puede decir, veraz y sinceramente: Señor, ¿qué quieres que haga? Entonces sea nuestro propósito ser misericordiosos según la misericordia de nuestro Padre celestial para con nosotros.

Vv. 37—49. Cristo usaba a menudo todos estos dichos y era fácil aplicarlos. Debemos ser muy cuidadosos cuando culpamos al prójimo; porque nosotros mismos necesitamos fianza. Si somos de espíritu que da y perdona, cosecharemos el beneficio. Aunque en el otro mundo se paga con medida llena y exacta, no es así en este mundo; no obstante, la Providencia hace lo que ha de estimularnos para hacer el bien. —Los que siguen a la gente para hacer el mal, van por el camino ancho que lleva a la perdición. El árbol se conoce por sus frutos; que la palabra de Cristo sea injertada de tal modo en nuestros corazones que podamos ser fructíferos en toda buena palabra y obra. Lo que la boca habla comúnmente concuerda con lo que abunda en el corazón. —Hacen un trabajo seguro para sus almas y para la eternidad, y siguen el rumbo que les será de beneficio en el tiempo de prueba, sólo los que piensan, hablan, y actúan conforme a las palabras de Cristo. Quienes se esfuerzan en la religión, hallan su esperanza en Cristo que es la Roca de los siglos, y nadie puede poner otro fundamento. En la muerte y en el juicio ellos están a salvo si son sostenidos por el poder de Cristo, por medio de la fe para salvación, y nunca perecerán.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—10. *Sanidad del siervo del centurión.* 11—18. *Resurrección del hijo de la viuda.* 19—35. *Pregunta de Juan el Bautista sobre Jesús.* 36—50. *Cristo es ungido en la casa del fariseo.*—*La parábola de los deudores.*

Vv. 1—10. Los siervos deben pensar en encariñarse con sus amos. Los amos deben cuidar particularmente a sus siervos cuando se enferman. Aún podemos, por la oración fiel y ferviente, recurrir a Cristo, y debemos hacerlo así cuando hay enfermedad en nuestra familia. Edificar lugares para la adoración religiosa es buena obra, y un ejemplo de amor a Dios y su pueblo. Nuestro Señor Jesús se agradó con la fe del centurión; nunca deja de responder las expectativas de la fe que honra su poder y amor. La cura fue prontamente obrada y perfecta.

Vv. 11—18. Cuando el Señor vio a la viuda pobre siguiendo a su hijo a la tumba, tuvo compasión de ella. Véase aquí el poder de Cristo sobre la muerte misma. El evangelio llama a toda

la gente, en particular a los jóvenes: Levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo. Cuando Cristo le dio vida, se vio porque el joven se sentó. ¿Tenemos la gracia de Cristo? Mostrémosla. — Empezó a hablar: cada vez que Cristo da vida espiritual, abre los labios en oración y alabanza. Cuando las almas muertas son levantadas a la vida espiritual por el poder divino del evangelio, debemos glorificar a Dios, y considerarlo como una visita de gracia a su pueblo. Procuremos tener un interés tal en nuestro Salvador compasivo, que podamos esperar con gozo la época en que la voz del Redentor llamará a todos los que están en los sepulcros. Que seamos llamados a la resurrección de vida, no a la de condenación.

Vv. 19—35. A sus milagros en el reino de la naturaleza, Cristo agrega este en el reino de la gracia. Se predica el evangelio a los pobres. Señala claramente la naturaleza espiritual del reino de Cristo, como el heraldo que envió a preparar su camino lo hiciera al predicar el arrepentimiento y el cambio de corazón y de vida. —Aquí se recalca con justicia la responsabilidad de quienes no fueron atraídos por el ministerio de Juan el Bautista o del mismo Jesucristo. Se burlaron de los métodos que Dios adoptó para hacerles el bien. Esta es la ruina de multitudes: no son serios en los intereses de sus almas. Pensemos en el modo de mostrarnos como hijos de la sabiduría atendiendo a las instrucciones de la Palabra de Dios y venerando los misterios y la buena nueva que los infieles y los fariseos ridiculizan y blasfeman.

Vv. 36—50. Nadie puede percibir verdaderamente cuán precioso es Cristo, y la gloria del evangelio, salvo el quebrantado de corazón. Aunque lo sientan, éstos no pueden expresar suficiente aborrecimiento de sí por el pecado, ni admiración por Su misericordia, pero el autosuficiente se disgustará porque el evangelio anima a los pecadores arrepentidos. El fariseo limita sus pensamientos al mal carácter anterior de la mujer, en vez de regocijarse por las señales de su arrepentimiento. Sin perdón gratuito ninguno de nosotros puede escapar de la ira venidera; nuestro bondadoso Salvador lo compró con su sangre para darlo gratuitamente a todo aquel que cree en Él. —Cristo, por una parábola, obligó a Simón a reconocer que la gran pecadora que fue esta mujer, debía demostrar amor más grande por Él cuando le fueron perdonados sus pecados. Aprended aquí que el pecado es una deuda y que todos sois pecadores y deudores del Dios Todopoderoso. Algunos pecadores son deudores mayores, pero sea nuestra deuda más o menos grande, es más de lo que somos capaces de pagar. Dios está presto a perdonar, y habiendo adquirido su Hijo el perdón para los que creen en su evangelio lo promete, y su Espíritu sella a los pecadores arrepentidos, y les da consuelo. Mantengámonos lejos del espíritu orgulloso del fariseo y dependamos sencillamente solo de Cristo y regocijémonos en Él, y así, estemos preparados para obedecerle con más celo y recomendarlo con más fuerza a nuestro alrededor. Mientras más expresemos nuestro dolor por el pecado y nuestro amor a Cristo, más clara será la prueba que tenemos del perdón de nuestros pecados. ¡Qué cambio maravilloso efectúa la gracia en el corazón y la vida de un pecador y en su estado ante Dios, por la completa remisión de todos sus pecados por la fe en el Señor Jesús!

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *El ministerio de Cristo.* 4—21. *La parábola del sembrador.* 22—40. *Cristo calma la tempestad y exulsa demonios.* 41—56. *Resurrección de la hija de Jairo.*

Vv. 1—3. Aquí se nos dice que Cristo hizo de la enseñanza del evangelio la actividad constante de su vida. Las noticias del reino de Dios son buenas noticias, y es lo que Cristo vino a traer. — Algunas mujeres lo asistían y le ministraban de su sustancia. Esto muestra la baja condición a la cual se humilló el Salvador, que necesitaba de la bondad de ellas, y su gran humildad para aceptarlas. Siendo rico se hizo pobre por nosotros.

Vv. 4—21. En la parábola del sembrador hay muchas reglas y excelentes advertencias muy necesarias para oír la palabra, y aplicarla. Bienaventurados somos, y por siempre endeudados con la

libre gracia, si lo que para otros es sólo un cuento que los divierte, es una verdad clara para nosotros por la cual se nos enseña y gobierna. Debemos cuidarnos de las cosas que nos impidan recibir provecho de la palabra que oímos; cuidarnos, no sea que oigamos con negligencia y ligereza; no sea que alberguemos prejuicios contra la palabra que oímos; y cuidar nuestros espíritus después que hayamos oído la palabra, no sea que perdamos lo que ganamos. Los dones que tenemos nos serán o no continuados según los usemos para la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos. Tampoco basta sostener la verdad con injusticia; debemos desear tener en alto la palabra de vida, y que resplandezca iluminando todo nuestro entorno. Se da gran ánimo a los que son oidores fieles de la palabra y hacedores de la obra. Cristo los reconocerá como sus familiares.

Vv. 22—40. Los que se hacen a la mar cuando está calma, a la palabra de Cristo, deben, no obstante, prepararse para una tormenta y para gran peligro en medio de la tormenta. No hay alivio para las almas sometidas al sentido de culpa, y al temor de la ira, si no acuden a Cristo, le llaman Señor, y le dicen: Estoy acabado si no me socorres. Cuando terminan nuestros peligros, nos corresponde reconocer la vergüenza de nuestros temores, y dar a Cristo la gloria por nuestra liberación. —Podemos aprender mucho en este relato respecto del mundo de los espíritus malignos infernales, porque aunque no obren exactamente de la misma manera ahora que entonces, todos debemos resguardarnos contra ellos. Los espíritus malignos son muy numerosos. Tienen enemistad contra el hombre y contra todas sus consolaciones. Los que se someten al gobierno de Cristo son dulcemente guiados con lazos de amor; los que se someten al gobierno del diablo son obligados con furor. ¡Ah, qué consuelo es para el creyente que todas las potestades de las tinieblas estén sometidas al dominio del Señor Jesús! Milagro de misericordia es si los poseídos por Satanás no son llevados a la destrucción y ruina eternas. —Cristo no se quedará con quienes lo toman a la ligera; puede ser que no regrese más a ellos, mientras otros le esperan felices de recibirlo.

Vv. 41—56. No nos quejemos de la gente, ni de una multitud, ni de lo urgente si estamos en el camino de nuestro deber y haciendo el bien, pero de lo contrario, todo hombre sabio se mantendrá lo más alejado que pueda de tales cosas. Más de una pobre alma sanada, socorrida y salvada por Cristo se halla oculta entre la gente y nadie la nota. Esta mujer vino temblando, pero su fe la salvó. Puede que haya temblor donde aún hay fe salvadora. —Observa las consoladoras palabras de Cristo para Jairo: No temas, tan sólo cree, y tu hija será salva. No era menos duro no llorar la pérdida de una hija única que no temer la continuación de ese dolor; pero en la fe perfecta no hay temor; mientras más temor, menos creemos. La mano de la gracia de Cristo va con el llamado de su palabra para hacerla eficaz. —Cristo mandó darle solamente carne. Como bebés recién nacidos así desean alimento espiritual los recién resucitados del pecado, para crecer.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—9. *Envío de los apóstoles.* 10—17. *La multitud milagrosamente alimentada.* 18—27. *La confesión de Pedro.—Exhortación a la abnegación.* 28—36. *La transfiguración.* 37—42. *Expulsión de un espíritu inmundo.* 43—50. *Cristo frena la ambición de sus discípulos.* 51—56. *Reprensión por el celo errado de ellos.* 57—62. *Renunciar a todo por Cristo.*

Vv. 1—9. Cristo envió a sus doce discípulos, a los que entonces ya eran capaces de enseñar al prójimo lo que habían recibido del Señor. No deben estar ansiosos de esperar la estima de la gente por la apariencia externa. Deben ir como están. —El Señor Jesús es la fuente de poder y autoridad a quien deben someterse todas las criaturas de una u otra manera; y si Él va con la palabra de sus ministros en poder, para librar pecadores de la esclavitud de Satanás, pueden tener la seguridad de que Él se ocupará de sus necesidades. Cuando la verdad y el amor van unidos, y aun así la gente rechaza y desprecia el mensaje de Dios, deja sin excusa a los hombres y se vuelve testimonio contra ellos. —La conciencia culpable de Herodes estaba lista para concluir que Jesús fue levantado de los

mueritos. Deseaba ver a Jesús, y ¿por qué no fue y lo vio? Probablemente por pensar que estaba por debajo de Él o porque no deseaba tener más reprensiones por su pecado. Al postergarlo se endureció su corazón y cuando vio a Jesús, estaba tan prejuiciado contra Él como los demás, Lucas xxiii, 11.

Vv. 10—17. La gente siguió a Jesús y aunque era inoportuno el momento, les dio lo que necesitaban. Él les habló del reino de Dios. Sanó a los que necesitaban salud. Con cinco panes y dos peces Cristo alimentó a cinco mil hombres. Él cuida que nada bueno falte a los que le temen y le sirven fielmente. Cuando recibimos consuelo por medio de criaturas, debemos reconocer que lo recibimos de Dios, y que somos indignos de recibirlo; que todo, y todo el consuelo que tengamos en ello, lo debemos a la mediación de Cristo por quien ha sido quitada la maldición. La bendición de Cristo hará que poco sirva de mucho. Él satisface a toda alma hambrienta, la satisface abundantemente con la abundancia de su casa. —Se recogieron las sobras: en la casa de nuestro Padre hay pan suficiente y para guardar. No estamos limitados ni escasos en Cristo.

Vv. 18—27. Consuelo indecible es que nuestro Señor Jesús sea el Ungido de Dios; esto significa que fue designado para ser el Mesías y que está calificado para ello. Jesús habla de sus sufrimientos y muerte. Tan lejos como deben estar sus discípulos de pensar en evitarle sus sufrimientos, así deben prepararse para sufrir ellos mismos. A menudo nos topamos con cruces en el camino del deber; y aunque no debemos echárnoslas sobre la cabeza, cuando están puestas para nosotros, debemos tomarlas y llevarlas como Cristo. Algo es bueno o malo para nosotros según sea bueno o malo para nuestras almas. El cuerpo no puede estar feliz si el alma estará infeliz en el otro mundo, pero el alma puede estar feliz aunque el cuerpo esté sumamente afligido y oprimido en este mundo. Nunca debemos avergonzarnos de Cristo y su evangelio.

Vv. 28—36. La transfiguración de Cristo fue una muestra de la gloria con que vendrá a juzgar al mundo; y fue un llamado a sus discípulos para sufrir por Él. La oración es un deber transfigurador, transformador que hace brillar el rostro. Nuestro Señor Jesús, en su transfiguración, estaba dispuesto a hablar de su muerte y de sus sufrimientos. En las glorias más grandes en la tierra recordemos que en este mundo no tenemos ciudad permanente. —¡Cuánta necesidad tenemos de orar a Dios pidiendo la gracia vivificadora! Aunque los discípulos podrían ser los testigos de esta señal del cielo, después de un momento fueron despertados para dar un relato completo de lo que pasó. No saben lo que dicen los que hablan de hacer tabernáculos en la tierra para los santos glorificados en el cielo.

Vv. 37—42. ¡Cuán deplorable es el caso de este niño! Estaba bajo el poder de un espíritu maligno. Las enfermedades de esa naturaleza son más aterradoras que las que surgen de simples causas naturales. ¡Cuánta maldad hace Satanás cuando toma posesión de una persona! Pero bienaventurados son los que tienen acceso a Cristo! Él puede hacer por nosotros lo que no pueden los discípulos. Una palabra de Cristo sanó al niño y cuando nuestros hijos se recobran de la enfermedad consuela recibirlos como sanados por la mano de Cristo.

Vv. 43—50. Esta predicción de los sufrimientos de Cristo era bastante clara, pero los discípulos no la entendieron, porque no concordaba con sus ideas. Un pequeñuelo es el símbolo por el cual Cristo nos enseña la sencillez y la humildad. ¿Qué honor más grande puede obtener un hombre en este mundo que el de ser recibido por los hombres como mensajero de Dios y Cristo, y qué Dios y Cristo se reconozcan recibidos y bienvenidos en él? —Si alguna sociedad de cristianos de este mundo tuvo motivos para hacer callar a los que no son de su propia comunión, lo tuvieron los doce discípulos en ese tiempo; pero Cristo les advirtió que no volvieran a hacerlo. Aunque no siguen con nosotros, pueden ser hallados seguidores fieles de Cristo y ser aceptados por Él.

Vv. 51—56. Los discípulos no consideraban que la conducta de los samaritanos fuera, más bien efecto de prejuicio y fanatismo nacional que de enemistad contra la palabra y la adoración de Dios; aunque se negaron a recibir a Cristo y a sus discípulos, no los maltrataron ni injuriaron, así que el caso era completamente diferente del de Ocozías y Elías. Tampoco se dieron cuenta que la dispensación del evangelio iba a ser marcada por milagros de misericordia. Pero, por sobre todo, ignoraban los motivos dominantes en sus propios corazones, que eran el orgullo y la ambición

carnal. Nuestro Señor les advirtió al respecto. Nos resulta fácil decir: ¡Vengan, vean nuestro celo por el Señor!, y pensar que somos muy fieles en su causa, cuando estamos siguiendo nuestros propios objetivos y hasta haciendo mal y no bien al prójimo.

Vv. 57—62. Aquí hay uno que se presenta para seguir a Cristo, pero parece haberse apresurado y precipitado sin calcular el costo. Si queremos seguir a Cristo, debemos dejar de lado los pensamientos de grandes cosas del mundo. No tratemos de hacer profesión de cristianismo cuando andamos en busca de ventajas mundanales. —Tenemos otro que parece resuelto a seguir a Cristo, pero pide una corta postergación. Cristo le dio primero a este hombre el llamamiento; le dijo: Sígueme. La religión nos enseña a ser benignos y misericordiosos, a mostrar piedad en casa y respetar a nuestros padres, pero no debemos convertirlos en disculpa para descuidar nuestros deberes con Dios. —Aquí hay otro dispuesto a seguir a Cristo, pero pide tiempo para hablar con sus amigos al respecto, poner orden en sus asuntos domésticos, y dar órdenes al respecto. Parecía tener más preocupaciones del mundo en su corazón de lo que debiera, y estaba dispuesto a acceder a la tentación que lo alejaría de su propósito de seguir a Cristo. Nadie puede hacer algo en debida forma si está atendiendo a otras cosas. Los que entran en la obra de Dios deben estar dispuestos a seguir o de nada servirán. *Mirar atrás* conduce a *retractarse*, y echarse atrás es la perdición. Sólo el que persevera hasta el fin será salvo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—16. *Setenta discípulos enviados.* 17—24. *La bendición de los discípulos de Cristo.* 25—37. *El buen samaritano.* 38—42. *Jesús en la casa de Marta y María.*

Vv. 1—16. Cristo envió a los setenta discípulos, en parejas, para que se fortalecieran y se estimularan mutuamente. El ministerio del evangelio pide a los hombres que reciban a Cristo como Príncipe y Salvador; y seguramente Él irá en el poder de su Espíritu a todos los lugares donde manda a sus siervos fieles; pero la condena de los que reciben en vano la gracia de Dios será temible. Los que desprecian a los fieles ministros de Cristo, los que piensan mal de ellos y se burlan de ellos, serán reconocidos como los que despreciaron a Dios y Cristo.

Vv. 17—24. Todas nuestras victorias sobre Satanás son logradas por el poder derivado de Jesucristo, que debe tener toda la alabanza. Cuidémonos del orgullo espiritual que ha causado la destrucción de tantos. Nuestro Señor se regocijó en la perspectiva de la salvación de muchas almas. Era apropiado que se tomara nota detallada de esa hora de gozo; hubo muy pocas, porque era varón de dolores: en *esa hora* en que vio caer a Satanás y oyó del buen resultado de sus ministros, en esa hora se regocijó. Siempre ha resistido al orgulloso y ha dado gracia al humilde. Mientras más claramente dependamos de la enseñanza, ayuda y bendición del Hijo de Dios, más conocidos seremos del Padre y del Hijo; más bendecidos seremos al ver la gloria, y oír las palabras del Salvador divino; y más útiles seremos para el progreso de su causa.

Vv. 25—37. Si hablamos en forma descuidada de la vida eterna y del camino a ella, tomamos en vano el nombre de Dios. Nadie ama a Dios ni a su prójimo con una medida de puro amor espiritual, si no participa de la gracia de la conversión. El orgulloso corazón humano se resiste mucho contra tales convicciones. —Cristo da el ejemplo de un pobre judío en apuros, socorrido por un buen samaritano. Este pobre cayó en manos de ladrones que lo dejaron herido y casi moribundo. Los que debieron ser sus amigos lo pasaron por alto, y fue atendido por un extranjero, un samaritano, de la nación que los judíos más despreciaban y detestaban, con quienes no querían tratos. Es lamentable observar cuánto domina el egoísmo en todos los rangos; cuántas excusas dan los hombres para ahorrarse problemas o gastos en ayudar al prójimo. El verdadero cristiano tiene escrita en su corazón la ley del amor. El Espíritu de Cristo habita en él; la imagen de Cristo se renueva en su alma. La parábola es una bella explicación de la ley de amar al prójimo como a uno mismo, sin

acepción de nación, partido ni otra distinción. También establece la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador con los miserables pecadores. Nosotros éramos como este viajero pobre y en apuros. Satanás, nuestro enemigo, nos robó y nos hirió: tal es el mal que nos hace el pecado. El bendito Jesús se compadeció de nosotros. El creyente considera que Jesús le amó y dio su vida por él cuando éramos enemigos y rebeldes; y habiéndole mostrado misericordia, le exhorta que vaya y haga lo mismo. Es nuestro deber, en nuestro trabajo y según nuestra capacidad, socorrer, ayudar y aliviar a todos los que estén en apuros y necesitados.

Vv. 38—42. Un buen sermón no es peor por ser predicado en una casa; y las visitas de nuestros amigos deben ser de tal modo administradas como para hacer que busquen el bien de sus almas. Sentarse a los pies de Cristo significa disposición pronta para recibir su palabra, y sumisión a su dirección. Marta estaba preocupada de atender a Cristo y a los que venían con Él. Aquí había respeto hacia nuestro Señor Jesús en la atención correcta de sus quehaceres domésticos, pero había algo de culpa. Ella estaba muy dedicada a servir: abundancia, variedad, y exactitud. La actividad mundanal es una trampa para nosotros cuando nos impide servir a Dios y obtener lo bueno para nuestras almas. ¡Cuánto tiempo se desperdicia innecesariamente y, a menudo, se acumulan gastos para atender a quienes profesan el evangelio! —Aunque Marta era culpable en esta ocasión, era, no obstante, creyente verdadera y su conducta general no descuidaba la cosa necesaria. El favor de Dios es necesario para nuestra dicha: la salvación de Cristo es necesaria para nuestra seguridad. Donde se atienda esto, todas las demás cosas tomarán su correcto lugar. Cristo declaró: María ha elegido la buena cosa. Porque una cosa es necesaria, y esta cosa hizo ella, rendirse a la dirección de Cristo. Las cosas de esta vida nos serán quitadas por completo cuando nosotros seamos quitados de ella, pero nada nos separará del amor de Cristo y de tener parte en ese amor. Los hombres y los demonios *no pueden* quitárnoslo, y Dios y Cristo *no lo harán*. Preocupémonos con más diligencia de la única cosa necesaria.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—4. *Enseña a orar a sus discípulos.* 5—13. *Cristo exhorta a ser fervientes en la oración.* 14—26. *Cristo expulsa un demonio.—La blasfemia de un fariseo.* 27, 28. *La verdadera felicidad.* 29—36. *Cristo reprende a los judíos.* 37—54. *A los fariseos.*

Vv. 1—4. “Señor, enséñanos a orar”, es una buena oración, y muy necesaria, porque Jesucristo es el único que puede enseñarnos a orar por su palabra y su Espíritu. Señor, enséñame a orar; Señor, estímame y vivifícame para el deber; Señor, dirígeme sobre qué orar; enséñame qué debo decir. Cristo les enseñó una oración, en forma muy parecida a la que había dado antes en su sermón del monte. Hay algunas palabras diferentes en el Padrenuestro en Mateo, y en Lucas, pero no son de gran importancia. En nuestros pedidos por el prójimo y por nosotros mismos, vamos a nuestro Padre celestial, confiando en su poder y bondad.

Vv. 5—13. Cristo alienta el fervor y la constancia en la oración. Debemos ir por lo que necesitamos, como hace el hombre acude a su vecino o amigo, que es bueno con él. Vamos por pan; porque es lo necesario. Si Dios no responde rápidamente nuestras oraciones, lo hará a su debido tiempo, si seguimos orando. —Fijaos acerca de qué orar: debemos pedir el Espíritu Santo, no sólo por necesario para orar bien, sino porque todas las bendiciones espirituales están incluidas en ello. Porque por el poder del Espíritu Santo se nos lleva a conocer a Dios y al arrepentimiento, a creer en Cristo y a amarlo; así somos consolados en este mundo, y destinados para la felicidad en el próximo. Nuestro Padre celestial está listo para otorgar todas estas bendiciones a cada uno que se las pida, más que un padre o madre terrenal está dispuesto a dar comida a un niño hambriento. Esta es la ventaja de la oración de fe: que aquieta y fija el corazón en Dios.

Vv. 14—26. La expulsión de demonios que hizo Cristo fue realmente la destrucción del poder

de ellos. El corazón de todo pecador inconverso es el palacio del diablo, donde éste habita y donde manda. Hay una especie de paz en el corazón del alma inconversa que el diablo custodia como hombre fuerte armado. El pecador se siente seguro, no tiene dudas de la bondad de su estado, ni temor alguno de los juicios venideros. Pero obsérvese el cambio maravilloso efectuado en la conversión. La conversión del alma a Dios es la victoria de Cristo sobre el diablo y su poder en esa alma, restaurando el alma a su libertad y recuperando su interés en ella y su poder sobre ella. Todos los dones del cuerpo y de la mente son ahora empleados para Cristo. —Esta es la condición del hipócrita. La casa es barrida de los pecados corrientes por una confesión forzada, como la del faraón; por una contrición fingida como la de Acab; o por una reforma parcial como la de Herodes. La casa está barrida, pero no lavada; el corazón no está santificado. El barrido saca solamente el polvo suelto mientras el pecado que acosa al pecador está indemne. La casa está adornada con gracias y dones corrientes. No está provista de ninguna gracia verdadera; todo es pintura y barniz, nada duradero ni real. Nunca fue entregada a Cristo ni habitada por el Espíritu. Cuidémonos de no descansar en lo que pueda tener un hombre y así quedarnos sin alcanzar el cielo. Los espíritus malignos entran sin dificultad; son recibidos y viven allí; allí trabajan; allí mandan. Pidamos todos con fervor ser librados de tan horrendo estado.

Vv. 27, 28. Mientras los escribas y los fariseos despreciaban y blasfemaban los discursos de nuestro Señor Jesús, esta buena mujer los admiraba, al igual que la sabiduría y el poder con que hablaba. Cristo condujo a la mujer a una consideración más elevada. Aunque es gran privilegio oír la palabra de Dios, sólo son bendecidos de verdad los bendecidos del Señor, que la oyen, la mantienen en su memoria y la obedecen como su camino y su ley.

Vv. 29—36. Cristo promete dar una señal más, la señal del profeta Jonás; se explica en Mateo qué significa la resurrección de Cristo; y les advirtió que debían sacar provecho de dicha señal. Pero aunque el mismo Cristo fuese el predicador estable de una congregación cualquiera, y obrara milagros diariamente entre ellos, aún así, a menos que su gracia humille los corazones, ellos no se beneficiarían de su palabra. No deseemos más pruebas ni una enseñanza más completa que lo que place al Señor permitirnos. Debemos orar sin cesar que nuestros corazones y entendimientos sean abiertos, que podamos aprovechar la luz que disfrutamos. Cuidémonos especialmente de que la luz que está en nosotros no sea tinieblas, porque si nuestros principios directrices son malos, nuestro juicio y conducta serán malos.

Vv. 37—54. Todos debemos mirar en nuestros corazones, para que sean purificados y creados de nuevo; mientras atendemos a las grandes cosas de la ley y del evangelio, no debemos descuidar las cosas pequeñas señaladas por Dios. Cuando alguien acecha para cazarnos en algo que decimos, oh Señor, danos tu prudencia y tu paciencia, y desbarata sus malos propósitos. Provéenos de tal mansedumbre y paciencia que podamos gloriarnos en las reprensiones, por amor a Cristo, y que su Espíritu Santo repose sobre nosotros.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—12. *Cristo reprende a los intérpretes de la ley.* 13—21. *Advertencia contra la avaricia.—La parábola del rico.* 22—40. *Condenación de las preocupaciones mundanas.* 41—53. *Llamado a velar.* 54—59. *Llamado a reconciliarse con Dios.*

Vv. 1—12. Una firme creencia en la doctrina de la providencia universal de Dios y su magnitud debiera bastarnos cuando estamos en peligros, y estimularnos a confiar en Dios en el camino del deber. La providencia se fija en las criaturas más bajas, hasta de los gorriones, y en consecuencia en las preocupaciones menores de los discípulos de Cristo. Quienes ahora confiesen a Cristo serán reconocidos por Él en el día grande, ante los ángeles de Dios. Para disuadirnos de negar a Cristo, y desertar de sus verdades y caminos, aquí se nos asegura que los que niegan a Cristo, aunque puedan

así salvar la vida misma, y aunque puedan ganar un reino, serán los grandes perdedores al final; porque Cristo no los conocerá, no los reconocerá, ni les mostrará favor. Pero que ningún descarriado penitente y tembloroso dude que obtendrá el perdón. Esto es muy diferente de la enemistad franca que es blasfemia contra el Espíritu Santo, la cual no será perdonada jamás porque de ella nunca habrá arrepentimiento.

Vv. 13—21. El reino de Cristo es espiritual, y no es de este mundo. El cristianismo no se mete en política; obliga a todos a obrar con justicia, pero el poder mundano no se fundamenta en la gracia. No estimula las expectativas de ventajas mundanas por medio de la religión. La recompensa de los discípulos de Cristo son de otra naturaleza. —La avaricia es un pecado del cual tenemos que estar constantemente precavidos, porque la dicha y el consuelo no dependen de la riqueza de este mundo. Las cosas del mundo no satisfacen los deseos del alma. Aquí hay una parábola que muestra la necedad de los mundanos carnales mientras viven, y su miseria cuando mueren. El carácter descrito es exactamente el de un hombre mundano prudente que no tiene gratitud hacia la providencia de Dios, ni un pensamiento recto sobre la incertidumbre de los asuntos humanos, el valor de su alma o la importancia de la eternidad. ¡Cuántos, aún entre cristianos profesos, señalan a personajes semejantes como modelos para imitar y personas con las cuales sería bueno relacionarse! Erramos si pensamos que los pensamientos se pueden ocultar, y que los pensamientos son libres. Cuando vio una gran cosecha en su terreno, en lugar de dar gracias a Dios por ella, o de regocijarse por tener mayor capacidad para hacer el bien, se aflige. ¿Qué haré ahora? ¿Qué hago ahora? El mendigo más pobre del país no podría haber dicho algo con mayor ansiedad. Mientras más tengan los hombres, más confusión tienen. Fue necio no pensar en usar de otro modo la riqueza, sino en darse gustos carnales y satisfacer los apetitos sensuales, sin pensar en hacer el bien a los demás. Los mundanos carnales son necios; y llega el día en que Dios los llamará por nombre propio, y ellos se llamarán así. La muerte de tales personas es miserable en sí y terrible para ellos. Pedirán tu alma. Él detesta separarse de sus bienes, pero Dios lo requerirá, requerirá una rendición de cuentas, lo requerirá como de alma culpable, para ser castigada sin demora. Necedad de la mayoría de los hombres es preocuparse y perseguir lo que es sólo para el cuerpo y para el tiempo, y no para el alma y para la eternidad.

Vv. 22—40. Cristo insiste mucho en que esta cautela no dé lugar a preocupaciones confusas e inquietantes, Mateo vi, 25–34. Los argumentos aquí usados son para animarnos a echar sobre Dios nuestra preocupación, que es la manera correcta de obtener tranquilidad. Como en nuestra estatura, así en nuestra condición es sabio aceptarla como es. Una búsqueda angustiada y ansiosa de las cosas de este mundo, aún de las necesarias, no va con los discípulos de Cristo. Los temores no deben dominar cuando nos asustamos con pensamientos de un mal venidero, y nos disponemos a preocupaciones innecesarias sobre cómo evitarlo. Si valoramos la belleza de la santidad, no codiciaremos los lujos de la vida. Entonces, examinemos si pertenecemos a esta manada pequeña. —Cristo es nuestro Maestro, y nosotros Sus siervos; no sólo siervos que trabajan, sino siervos que esperan. Debemos ser como hombres que esperan a su señor, que se sientan a esperar mientras él sigue afuera, preparados para recibirlo. En esto alude Cristo a su ascensión al cielo, su venida para reunir junto a Él su pueblo por la muerte, y segunda venida a juzgar al mundo. No tenemos certeza de la hora de su venida; por tanto, debemos estar siempre preparados. Si los hombres cuidan diligentes sus casas, seamos nosotros igualmente sabios con nuestras almas. Por tanto, estad vosotros preparados también; velando como lo haría el buen padre de familia si supiera a qué hora viene el ladrón.

Vv. 41—53. Todos tienen que tomar en serio lo que Cristo dice en su palabra e indagar al respecto. Nadie es dejado en tanta ignorancia como para no saber que muchas cosas que hace, y desprecia son buenas; por tanto, nadie tiene excusa en su pecado. —Introducir la dispensación del evangelio puede producir desolación. No es que sea la tendencia de la religión de Cristo, que es pura, pacífica y amable; pero su efecto es ser contraria al orgullo y la lujuria del hombre. —Habrá una amplia difusión del evangelio, pero antes Cristo tiene un bautismo con el cual ser bautizado, muy diferente del de agua y bautismo del Espíritu Santo. Debe soportar los sufrimientos y la muerte. No estaba en su plan de predicar el evangelio más ampliamente hasta haber pasado este

bautismo. Nosotros debiéramos ser celosos para dar a conocer la verdad, porque aunque se susciten divisiones y la propia familia del hombre sea su enemiga, aún así, los pecadores se convertirán y Dios será glorificado.

Vv. 54—59. Cristo quiere que la gente sea tan sabia en cuanto a los intereses de su alma como con los asuntos exteriores. Que se apresuren a tener paz con Dios antes que sea demasiado tarde. Si un hombre halla que Dios está contra él por sus pecados, invoque a Dios en Cristo que reconcilia el mundo consigo mismo. Mientras estemos vivos estamos en el camino y ahora es nuestra oportunidad.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—5. *Cristo exhorta al arrepentimiento a partir del caso de los galileos y otros.* 6—9. *Parábola de la higuera estéril.* 10—17. *Sanidad de la mujer enferma.* 18—22. *La parábola de la semilla de mostaza, y la levadura.* 23—30. *Exhortación para entrar por la puerta angosta.* 31—35. *Cristo reprende a Herodes y al pueblo de Jerusalén.*

Vv. 1—5. Le cuentan a Cristo la muerte de unos galileos. Esta historia trágica se relata brevemente aquí y no la mencionan los historiadores. Al responder, Cristo habla de otro hecho que era como este, otro caso de gente afectada por una muerte repentina. Las torres, que se construyen para seguridad, suelen ser la destrucción de los hombres. Les advierte que no culpen a los grandes sufrientes como debieran ser tenidos como grandes pecadores. Como ningún puesto ni empleo puede asegurarnos en contra del golpe de la muerte, debemos considerar las súbitas partidas de los demás como advertencia para nosotros. En estos relatos, Cristo fundamenta un llamado al arrepentimiento. El mismo Jesús que nos pide arrepentimiento, porque el reino del cielo está a la puerta, nos pide que nos arrepintamos, porque de lo contrario, pereceremos.

Vv. 6—9. La parábola de la higuera estéril tiene el propósito de reforzar la advertencia recién dada: la higuera estéril, a menos que dé fruto, será cortada. Esta parábola se refiere, en primer lugar, a la nación y al pueblo judío. Pero, sin duda, es para despertar a todos los que disfrutaban los medios de gracia, y los privilegios de la iglesia visible. Cuando Dios haya soportado por mucho tiempo, podemos esperar que nos tolere un poco más, pero no podemos tener la esperanza de que siempre soportará.

Vv. 10—17. Nuestro Señor Jesús asistía al servicio público de adoración los días de reposo. Aun las enfermedades corporales, a menos que sean muy graves, no deben impedirnos ir al servicio público de adoración los días de reposo. Esta mujer vino para ser enseñada por Cristo y para recibir bien para su alma, y entonces Él alivió su enfermedad corporal. Cuando las almas torcidas se enderezan, lo demuestran glorificando a Dios. —Cristo sabía que este príncipe tenía una verdadera enemistad contra Él y su evangelio, y que sólo lo ocultaba con un celo fingido por el día de reposo; realmente él no deseaba que fueran sanados en ningún día; pero si Jesús dice la palabra, y da su poder sanador, los pecadores son puestos en libertad. Esta liberación suele obrarse en el día del Señor; y cualquiera sea la labor que ponga a los hombres en el camino de la bendición, concuerda con el objetivo de ese día.

Vv. 18—22. Aquí tenemos el progreso del evangelio anunciado en dos parábolas, como en Mateo xiii. El reino del Mesías es el reino de Dios. Que la gracia crezca en nuestros corazones; que nuestra fe y amor crezcan abundantemente para dar prueba indudable de su realidad. Que el ejemplo de los santos de Dios sea de bendición entre quienes viven; y que su gracia fluya de corazón a corazón, hasta que el pequeño se vuelva miles.

Vv. 23—30. Nuestro Salvador vino a guiar la conciencia de los hombres, no a satisfacer su curiosidad. No preguntes ¿cuántos serán salvados? sino ¿seré salvo? No preguntes ¿qué será de tal y

tal persona? sino ¿qué haré yo y qué será de mí? Esfuérzate para entrar por la puerta estrecha. Esto se manda a cada uno de nosotros: Esfuérzate. Todo el que será salvado debe entrar por la puerta angosta, debe emprender un cambio de todo el hombre. Los que entren por ella, deben esforzarse por entrar. He aquí consideraciones vivificantes para reforzar esta exhortación. ¡Oh, seamos todos despertados por ellas! Ellos contestan la pregunta, ¿son pocos lo que se salvan? Pero que nadie se desprecie a sí mismo o a los demás, porque hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros. Si llegamos al cielo, encontraremos a muchos allá a quienes no pensamos encontrar, y echaremos de menos a muchos que esperábamos hallar.

Vv. 31—35. Cristo al tratar de zorro a Herodes le dio su carácter verdadero. Los hombres más grandes eran responsables de rendir cuenta a Dios, por tanto, le correspondía llamar a este rey orgulloso por su nombre propio, pero no es ejemplo para nosotros. Sé, dijo nuestro Señor, que yo debo morir dentro de muy poco tiempo; cuando muera, seré perfeccionado, habré completado mi tarea. Bueno es que miremos el tiempo que tenemos ante nosotros como muy corto, para que eso nos estimule para hacer la obra del día en su día. —La maldad de las personas y de los lugares que más que otros profesan la religión y relación con Dios, desagrada y contrista especialmente al Señor Jesús. El juicio del gran día convencerá a los incrédulos, pero aprendamos agradecidamente a acoger bien, y beneficiarnos, de todos los que vienen en el nombre del Señor a llamarnos para participar de su gran salvación.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—6. *Cristo sana a un hombre en el día de reposo.* 7—14. *Enseña humildad.* 15—24. *Parábola del gran banquete.* 25—35. *La necesidad de consideración y abnegación.*

Vv. 1—6. Este fariseo, como otros, parece haber tenido mala intención para recibir a Jesús en su casa, pero a nuestro Señor no le impide sanar un hombre aunque sabía que suscitaría una murmuración por hacerlo en el día de reposo. Requiere cuidado entender la relación apropiada entre la piedad y la caridad al observar el día de reposo, y la distinción entre obras de necesidad real y hábitos de darse el gusto a uno mismo. La sabiduría de lo alto enseña la paciente perseverancia en hacer el bien.

Vv. 7—14. Aun en las acciones corrientes de la vida Cristo marca lo que hacemos, no sólo en nuestras asambleas religiosas sino en nuestras mesas. Vemos en muchos casos que el orgullo de un hombre le rebajará y que antes de la honra está la humildad. Nuestro Salvador nos enseña aquí que las obras de caridad son mejores que las obras hechas para ser vistos. Pero nuestro Señor no significó que una generosidad orgullosa e incrédula deba ser recompensada, pero su precepto de hacer el bien al pobre y al afligido debe obedecerse por amor a Él.

Vv. 15—24. En esta parábola fijese en la gracia y misericordia gratuita de Dios que brilla en el evangelio de Cristo, lo cual será comida y banquete para el alma del hombre que conoce sus propias necesidades y miserias. Todos encontraron un pretexto para rechazar la invitación. Esto reprueba a la nación judía por rechazar el ofrecimiento de la gracia de Cristo. También muestra la renuencia que hay para unirse al llamado del evangelio. La ingratitud de quienes toman con liviandad la oferta del evangelio, y el desprecio que hacen del Dios del cielo, le provocan con justicia. Los apóstoles tenían que volverse a los gentiles, cuando los judíos rechazaran la oferta; y con ellos se llenó la Iglesia. La provisión hecha para almas preciosas en el evangelio de Cristo, no fue hecha en vano; porque si algunos lo rechazan, otros aceptan agradecidos la oferta. Los muy pobres y bajos del mundo serán tan bien acogidos por Cristo como los ricos y grandes; y, muchas veces, el evangelio tiene mayor éxito entre los que laboran bajo desventajas mundanales y con enfermedades corporales. La casa de Cristo se llenará al final; será así cuando se complete el número de los elegidos.

Vv. 25—35. Aunque los discípulos de Cristo no son todos crucificados, sin embargo, todos llevan su cruz y deben llevarla en el camino del deber. Jesús le invita a contar con eso y, luego, a considerarlo. Nuestro Salvador explica esto con dos símiles: el primero que muestra que debemos considerar los gastos de nuestra religión; el segundo, que debemos considerar los peligros de esta. Sentaos y calculad el costo; considerad lo que costará la mortificación del pecado, de las lujurias más apreciadas. El pecador más orgulloso y atrevido no puede resistir a Dios, porque ¿quién conoce la fuerza de su ira? Nos interesa buscar la paz con Él, y no tenemos que enviar a preguntar las condiciones de la paz, porque nos son ofrecidas y nos son muy provechosas. El discípulo de Cristo será puesto a prueba en alguna forma. Sin vacilar, procuremos ser discípulos, y seamos cuidadosos para no relajarnos en nuestra profesión, ni asustarnos ante la cruz; que podamos ser la buena sal de la tierra, para sazonar a quienes nos rodean con el sabor de Cristo.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—10. *Parábolas de la oveja y de la pieza de plata perdidas.* 11—16. *El hijo pródigo,— su maldad y angustia.* 17—24. *Arrepentimiento y perdón.* 25—32. *El hermano mayor ofendido.*

Vv. 1—10. La parábola de la oveja perdida es muy aplicable a la gran obra de la redención del hombre. La oveja perdida representa al pecador apartado de Dios y expuesto a ruina segura si no es llevado de vuelta a Él, aunque no desee regresar. Cristo es ferviente para llevar a casa a los pecadores. —En la parábola de la pieza de plata perdida, lo que está perdido es una pieza de pequeño valor, comparada con el resto. Pero la mujer busca diligentemente hasta encontrarla. Esto representa los variados medios y métodos que usa Dios para llevar las almas perdidas a casa, a sí mismo, y el gozo del Salvador por el regreso de ellos a Él. ¡Cuán cuidadosos debemos ser entonces con nuestro arrepentimiento, que sea para salvación!

Vv. 11—16. La parábola del hijo pródigo muestra la naturaleza del arrepentimiento y la prontitud del Señor para acoger bien y bendecir a todos los que vuelven a Él. Expone plenamente las riquezas de la gracia del evangelio; y ha sido y será, mientras dure el mundo, de utilidad indecible para los pobres pecadores, para guiarlos y alentarlos a arrepentirse y a regresar a Dios. —Malo es, y es el peor comienzo, cuando los hombres consideran los dones de Dios como deuda. La gran necedad de los pecadores, y lo que los arruina, es estar contentos con recibir sus cosas buenas durante su vida. Nuestros primeros padres se destruyeron, a sí mismos y a toda la raza, por la necia ambición de ser independientes, y esto está en el fondo de la persistencia de los pecadores en su pecado. —Todos podemos discernir algunos rasgos de nuestro propio carácter en el del hijo pródigo. Un estado pecaminoso es un estado de separación y alejamiento de Dios. Un estado pecaminoso es un estado de derroche: los pecadores voluntarios emplean mal sus pensamientos y los poderes de su alma, gastan mal su tiempo y todas las oportunidades. Un estado pecaminoso es un estado de necesidad. Los pecadores carecen de las cosas necesarias para su alma; no tienen comida ni ropa para ellos, ni ninguna provisión para el más allá. Un estado pecaminoso es un vil estado de esclavitud. El negocio de los siervos del demonio es hacer provisión para la carne, cumplir sus lujurias y eso no es mejor que alimentar los cerdos. Un estado pecaminoso es un estado de descontento constante. La riqueza del mundo y los placeres de los sentidos ni siquiera satisfacen nuestros cuerpos, pero ¡qué son en comparación con el valor de las almas! Un estado pecaminoso es un estado que no puede buscar alivio de ninguna criatura. En vano lloramos al mundo y a la carne; tienen lo que envenena el alma, pero nada tienen que la alimente y nutra. Un estado pecaminoso es un estado de muerte. El pecador está muerto en delitos y pecados, desprovisto de vida espiritual. Un estado pecaminoso es un estado perdido. Las almas que están separadas de Dios, si su misericordia no lo evita, pronto estarán perdidas para siempre. El desgraciado estado del hijo pródigo sólo es una pálida sombra de la horrorosa ruina del hombre por el pecado, ¡pero cuán pocos son sensibles a su propio estado y carácter!

Vv. 17—24. Habiendo visto el hijo pródigo en su abyecto estado de miseria, tenemos que considerar en seguida su recuperación. Esto empieza cuando vuelve en sí. Ese es un punto de retorno en la conversión del pecador. El Señor abre sus ojos y le convence de pecado; entonces, se ve a sí mismo, y a todo objeto bajo una luz diferente de la de antes. Así, el pecador convicto percibe que el siervo más pobre de Dios es más dichoso que él. Mirar a Dios como Padre, y nuestro Padre, será muy útil para nuestro arrepentimiento y regreso a Él. El hijo pródigo se levantó y no se detuvo hasta que llegó a su casa. Así, el pecador arrepentido deja resueltamente la atadura de Satanás y sus lujurias, y regresa a Dios por medio de la oración, a pesar de sus temores y desalientos. El Señor lo sale a encontrar con muestras inesperadas de su amor perdonador. Nuevamente, la recepción del pecador humillado es como la del pródigo. Es vestido con el manto de la justicia del Redentor, hecho partícipe del Espíritu de adopción, preparado por la paz de conciencia y la gracia del evangelio para andar en los caminos de la piedad, y festejado con consolaciones divinas. Los principios de la gracia y la santidad obran en él, para hacer y para querer.

Vv. 25—32. En la última parte de esta parábola tenemos el carácter de los fariseos, aunque no de ellos solos. Establece la bondad del Señor y la soberbia con que se recibe su bondad de gracia. Los judíos, en general, mostraron el mismo espíritu hacia los gentiles convertidos; y cantidades de ellos en toda época objetan el evangelio y a sus predicadores sobre la misma base. ¡Cómo será ese temperamento que incita al hombre a despreciar y aborrecer a aquellos por quienes derramó su preciosa sangre el Salvador, éstos que son objetos de la elección del Padre, y templos del Espíritu Santo! Esto brota del orgullo, la preferencia del sí mismo y la ignorancia propia del corazón del hombre. —La misericordia y la gracia de nuestro Dios en Cristo brillan casi con tanto fulgor en su tierna y gentil tolerancia para con los santos beligerantes como para recibir a los pecadores pródigos que se arrepienten. Dicha indecible de todos los hijos de Dios, que se mantienen cerca de la casa de su Padre, es que estén, y estarán siempre con Él. Dicha será para los que acepten agradecidos la invitación de Cristo.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—12. *La parábola del mayordomo injusto.* 13—18. *Cristo reprende la hipocresía de los fariseos codiciosos.* 19—31. *El rico y Lázaro.*

Vv. 1—12. Cualquier cosa que tengamos, su propiedad es de Dios; nosotros sólo tenemos su uso conforme a lo que manda nuestro gran Señor, y para su honra. Este mayordomo despilfarró los bienes de su señor. Todos somos responsables de la misma acusación; no sacamos el provecho debido de lo que Dios nos ha encargado. El mayordomo no puede negarlo; debe rendir cuentas e irse. Esto puede enseñarnos que la muerte vendrá y nos privará de las oportunidades que tenemos ahora. El mayordomo ganará amigos de los deudores e inquilinos de su señor, eliminando una parte considerable de la deuda de ellos con su señor. El señor al cual se alude en esta parábola no elogió el fraude, sino la política del mayordomo. Sólo se destaca en este aspecto. Los hombres mundanos, al elegir sus objetivos son necios, pero en su actividad y perseverancia, son a menudo más sabios que los creyentes. El mayordomo injusto no se nos pone como ejemplo de engaño a su amo, ni para justificar la deshonestidad, sino para señalar el cuidado que ponen los hombres mundanos. Bueno sería que los hijos de la luz aprendieran sabiduría de los hombres del mundo, y siguieran con igual diligencia su mejor objetivo. —Las riquezas verdaderas significan bendiciones espirituales; y si un hombre gasta en sí mismo o acumula lo que Dios le ha confiado, en cuanto a las cosas externas, ¿qué prueba puede tener de que es heredero de Dios por medio de Cristo? Las riquezas de este mundo son engañosas e inciertas. Convenzámonos que son ricos verdaderamente, y muy ricos, los que son ricos en fe, y ricos para con Dios, ricos en Cristo, en las promesas; entonces acumulemos nuestro tesoro en el cielo y esperemos nuestra porción de allá.

Vv. 13—18. Nuestro Señor agrega a esta parábola una advertencia solemne: Ustedes no pueden servir a Dios y al mundo, porque así de divididos son los dos intereses. Cuando nuestro Señor habló así, los fariseos codiciosos recibieron con desprecio sus instrucciones, pero Él les advirtió que lo que ellos contendían si fuera la ley, era una lucha sobre su significado: esto muestra nuestro Señor en un ejemplo referido al divorcio. Hay muchos abogados pertinaces codiciosos que favorecen la forma de piedad y que son los enemigos más enconados de su poder, y tratan de poner a los demás en contra de la verdad.

Vv. 19—31. Aquí las cosas espirituales están representadas por una descripción del estado diferente de lo bueno y lo malo en este mundo y el otro. No se nos dice que el rico obtuvo su fortuna por fraude u opresión, pero Cristo muestra que un hombre puede tener una gran cantidad de riqueza, pompa y placer de este mundo, pero perecer para siempre bajo la ira y la maldición de Dios. El pecado de este rico era que sólo proveía para sí. Aquí hay un santo varón, en las profundidades de la adversidad y angustia que será dichoso para siempre en el más allá. A menudo la suerte de algunos de los santos y siervos más amados de Dios es la de ser afligido grandemente en este mundo. No se nos dice que el rico le infligiera daño alguno, pero no hallamos que se hubiera interesado por él. —Aquí está la diferente condición de este pobre santo, y este rico impío, en y después de la muerte. El rico en el infierno levantó la vista estando en los tormentos. No es probable que haya conversaciones entre los santos glorificados y los pecadores condenados, pero este diálogo muestra la miseria y desesperanza, y los deseos infructuosos a los cuales entran los espíritus condenados. Viene el día en que los que hoy odian y desprecian al pueblo de Dios, recibirían alegremente la bondad de ellos, pero el condenado en el infierno no tendrá el más mínimo alivio de su tormento. —Los pecadores son llamados ahora a recapacitar, pero no lo hacen, no quieren hacerlo y hallan maneras de evitarlo. Como la gente mala tiene cosas buenas sólo en esta vida, y en la muerte son para siempre separados de todo bien, así la gente santa tiene cosas malas sólo en esta vida, y en la muerte son para siempre separados de ellas. Bendito sea Dios que en este mundo no hay un abismo insondable entre el estado natural y la gracia; podemos pasar del pecado a Dios, pero si morimos en nuestros pecados, no hay salida. —El rico tenía cinco hermanos y hubiera querido detenerlos en su rumbo pecaminoso; que ellos llegaran a ese lugar de tormento empeoraría su desgracia, él había ayudado a mostrarles el camino a ese lugar. ¡Cuántos desearían ahora retractarse o deshacer lo que escribieron o hicieron! —Quienes quisieran que el ruego del rico a Abraham justificara orar a los santos ya muertos, llegan así tan lejos en busca de pruebas, cuando el error del pecador condenado es todo lo que pueden hallar como ejemplo. Seguro que no hay estímulo para seguir el ejemplo cuando todas sus peticiones fueron hechas en vano. —Un mensajero desde los muertos no podría decir más que lo dicho en las Escrituras. La misma fuerza de la corrupción que irrumpe a través de las convicciones de la palabra escrita, triunfaría sobre un testigo de los muertos. Busquemos la ley y el testimonio, Isaías viii, 19, 20, porque esa es la palabra cierta de la profecía, sobre la cual podemos tener más certeza, 2 Pedro i, 19. Las circunstancias de cada época muestran que los terrores y los argumentos no pueden dar el verdadero arrepentimiento sin la gracia especial de Dios que renueva el corazón del pecador.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—10. *Evitar las ofensas.*—*Orar por el aumento de la fe.*—*Enseñanza sobre la humildad.* 11—19. *Diez leprosos, limpiados.* 20—37. *El reino de Cristo.*

Vv. 1—10. No hay disculpa para los que cometen una ofensa, ni aminorará el castigo el hecho de que tiene que haber ofensas. La fe en la misericordia de Dios que perdona nos capacitará para superar las dificultades más grandes que haya para perdonar a nuestros hermanos. Como para Dios nada es imposible, así todas las cosas son posibles para el que puede creer. Nuestro Señor mostró a sus discípulos la necesidad de tener una profunda humildad. El Señor tiene derecho sobre toda

criatura como ningún hombre puede tenerla sobre otro; Él no puede estar endeudado con ellos por sus servicios, ni ellos merecen ninguna recompensa suya.

Vv. 11—19. La conciencia de ser leprosos espirituales debiera hacernos muy humildes cada vez que nos acercamos a Cristo. Basta que nos sometamos a la compasión de Cristo, porque no fallan. Podemos esperar que Dios nos satisfaga con misericordia cuando seamos hallados en el camino de la obediencia. Sólo uno de los sanados volvió a dar las gracias. Nos corresponde, como a él, ser muy humilde en la acción de gracias y en las oraciones. Cristo destacó al que así se distinguió: era un samaritano. Los otros sólo obtuvieron la cura externa, solo éste tuvo la bendición espiritual.

Vv. 20—37. El reino de Dios estaba entre los judíos o, más bien, en algunos. Era un reino espiritual, establecido en el corazón por el poder de la gracia divina. Fijaos cómo había sido anteriormente con los pecadores, y en qué estado los hallaban los juicios de Dios, de los cuales habían sido advertidos. Aquí se muestra qué sorpresa temible será esta destrucción para el seguro y sensual. Así será en el día en que se revele el Hijo del Hombre. Cuando Cristo vino a destruir a la nación judía por medio de los ejércitos romanos, esa nación fue hallada en tal estado de falsa seguridad como el aquí mencionado. En forma similar, cuando Jesucristo venga a juzgar al mundo, los pecadores serán hallados totalmente descuidados, porque, en forma semejante, los pecadores de toda época van con seguridad por sus malos caminos, sin recordar su final ulterior. Dondequiera que se hallen los impíos, marcados para la ruina eterna, serán alcanzados por los juicios de Dios.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—8. *La parábola de la viuda inoportuna.* 9—14. *El fariseo y el publicano.* 15—17.

Niños llevados a Cristo. 18—30. *El rico estorbado por sus riquezas.* 31—34. *Cristo anuncia su muerte.* 35—43. *Un ciego recibe la vista.*

Vv. 1—8. Todo el pueblo de Dios es pueblo de oración. Aquí se enseña la fervorosa constancia para orar pidiendo misericordias espirituales. El fervor de la viuda prevaleció con el juez injusto: ella podía temer que se volviera más en contra suya; pero nuestra oración ferviente agrada a nuestro Dios. Aun hasta el fin habrá base para la misma queja de debilidad de la fe.

Vv. 9—14. Esta parábola era para convencer a algunos que confiaban en sí mismos como justos y despreciaban al prójimo. Dios ve con qué disposición y propósito vamos a Él en las santas ordenanzas. Lo que dijo el fariseo demuestra que él tenía confianza en sí mismo de ser justo. Podemos suponer que estaba exento de pecados groseros y escandalosos. Todo eso era muy bueno y encomiable. Miserable es la condición de quienes no alcanzan la justicia de ese fariseo, aunque él no fue aceptado, y ¿por qué no? Iba a orar al templo, pero estaba lleno de sí mismo y de su propia bondad; no pensaba que valía la pena pedir el favor y la gracia de Dios. Cuidémonos de presentar oraciones orgullosas al Señor y de despreciar al prójimo. —La oración del publicano estaba llena de humildad y de arrepentimiento por el pecado, y deseo de Dios. Su oración fue breve, pero con un objetivo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Bendito sea Dios, que tenemos registrada esta oración corta como oración contestada; y que tenemos la seguridad que aquel que la dijo volvió justificado a casa; así será con nosotros si oramos como él por medio de Jesucristo. Se reconoció pecador por naturaleza y costumbre, culpable ante Dios. No dependía de nada sino de la misericordia de Dios, sólo en ella confiaba. Gloria de Dios es resistir al soberbio y dar gracia al humilde. La justificación es de Dios en Cristo; por tanto, el que se condena a sí mismo, no el que se justifica a sí mismo, es justificado ante Dios.

Vv. 15—17. Nadie es demasiado pequeño, demasiado joven para ser llevado a Cristo, Él sabe mostrar bondad a los incapaces de hacerle un servicio. La idea de Cristo es que los pequeños sean llevados a Él. La promesa es para nosotros y para nuestra descendencia; por tanto, Él los recibirá

bien con nosotros. Debemos recibir su reino como niños, no comprarlo, y debemos considerarlo un regalo de nuestro Padre.

Vv. 18—30. Muchos tienen muchas cosas encomiables en sí, pero perecen por falta de una cosa; este rico no podía aceptar las condiciones de Cristo que lo separarían de su patrimonio. Muchos que detestan dejar a Cristo, sin embargo, lo dejan. Después de larga lucha con sus convicciones y sus corrupciones, ganan sus corrupciones. Se lamentan mucho de no poder servir a ambos, pero si deben dejar a uno, dejarán a su Dios, no a su ganancia mundanal. La obediencia de que se jactan resulta ser puro espectáculo; el amor al mundo está, de una u otra forma, en la raíz de esto. —Los hombres son dados a hablar demasiado de lo que dejaron y perdieron, de lo que hicieron y sufrieron por Cristo, como hizo Pedro. Más bien, debemos avergonzarnos que haya alguna dificultad para hacerlo.

Vv. 31—34. El Espíritu de Cristo en los profetas del Antiguo Testamento, testificaba de antemano de sus sufrimientos, y de la gloria que seguiría, 1 Pedro i, 11. Los prejuicios de los discípulos eran tan fuertes que no entendían literalmente estas cosas. Estaban tan concentrados en las profecías que hablaban de la gloria de Cristo, que olvidaron las que hablaban de sus sufrimientos. La gente comete errores porque leen su Biblia parcialmente, y sólo gustan de las cosas lindas. Somos tan reacios a aprender las lecciones de los sufrimientos, la crucifixión y resurrección de Cristo como lo eran los discípulos a los que les dijo sobre estos hechos; y, por la misma razón; el amor propio y el deseo de objetos mundanos nos cierran el entendimiento.

Vv. 35—43. Este pobre ciego estaba al costado del camino mendigando. No sólo era ciego, sino pobre, digno símbolo de la humanidad que Cristo vino a sanar y salvar. La oración de fe guiada por las alentadoras promesas de Cristo, y basada en ellas, no son en vano. La gracia de Cristo debe reconocerse con gratitud para la gloria de Dios. Es para la gloria de Dios si seguimos a Jesús, como lo harán aquellos cuyos ojos sean abiertos. Debemos alabar a Dios por sus misericordias con el prójimo, y por las nuestras. Si deseamos entender con justicia estas cosas, debemos ir a Cristo, como el ciego, rogando fervorosamente que nos abra los ojos, y nos muestre claramente la excelencia de sus preceptos y el valor de su salvación.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *La conversión de Zaqueo.* 11—27. *La parábola del noble y sus siervos.* 28—40. *Cristo entra en Jerusalén.* 41—48. *Cristo llora sobre Jerusalén.*

Vv. 1—10. Los que, como Zaqueo, desean sinceramente ver a Cristo, vencerán cualquier obstáculo y se esforzarán para verlo. —Cristo ofrece visita a la casa de Zaqueo. Donde Cristo va, abre el corazón y lo inclina a recibirlo. El que quiere conocer a Cristo, será conocido de Él. Aquellos a quienes Cristo llama, deben humillarse y descender. Bien podemos recibir con gozo al que trae todo lo bueno consigo. Zaqueo públicamente dio pruebas de haber llegado a ser un verdadero convertido. No busca ser justificado por sus obras como el fariseo, pero por sus buenas obras demostrará la sinceridad de su fe y el arrepentimiento por la gracia de Dios. —Zaqueo es considerado feliz, ahora que se volvió del pecado a Dios. Ahora que es salvo de sus pecados, de su culpa, del poder de ellos, son suyos todos los beneficios de la salvación. Cristo ha venido a su casa, y donde Cristo va, lleva consigo la salvación. Vino a este mundo perdido a buscarlo y salvarlo. Su objetivo era salvar, donde no había salvación en ningún otro. Él busca a los que no lo buscan y ni preguntan por Él.

Vv. 11—27. Esta parábola es como la de los talentos, Mateo xxv. A los que son llamados a Cristo, les provee los dones necesarios para su actividad; y espera servicio de aquellos a los que da poder. La manifestación del Espíritu es dada a todo hombre para que la aproveche, 1 Corintios xii, 7. Como cada uno ha recibido el don, que lo ministre, 1 Pedro iv, 10. El relato requerido recuerda el

de la parábola de los talentos; y señala el castigo de los enemigos jurados de Cristo, y el de los falsos profesantes. La diferencia principal está en que la mina dada a cada uno parece apuntar a la dádiva del evangelio, que es la misma para todos los que lo oyen; pero los talentos repartidos en más y en menos, parecen indicar que Dios da diferentes capacidades y ventajas a los hombres, por las cuales puedan mejorar de manera diferente este don único del evangelio.

Vv. 28—40. Cristo tiene dominio sobre todas las criaturas y puede usarlas como le plazca. Tiene los corazones de todos los hombres bajo su ojo y en su mano. Los triunfos de Cristo, y las jubilosas alabanzas de sus discípulos, afligen a los orgullosos fariseos que son enemigos suyos y de su reino. Como Cristo desprecia el desdén de los soberbios, acepta las alabanzas del humilde. Los fariseos quisieron silenciar las alabanzas a Cristo, pero no pueden puesto que Dios puede levantar hijos para Abraham aun de las piedras, y volver el corazón de piedra hacia Él, para sacar alabanza de las bocas de los niños. ¡Cómo van a ser los sentimientos de los hombres cuando el Señor regrese en gloria a juzgar el mundo!

Vv. 41—48. ¿Quién puede contemplar al santo Jesús mirando anticipadamente las miserias que aguardaban a sus asesinos, llorando por la ciudad donde se iba a derramar su sangre preciosa, y no ver que la imagen de Dios en el creyente consiste en gran medida en buena voluntad y compasión? Por cierto no pueden ser buenos los que toman las doctrinas de la verdad en forma tal que se endurecen hacia su prójimo pecador. Cada uno recuerde que, pese a que Jesús lloró por Jerusalén, va a ejecutar una venganza espantosa en ella. Aunque no se goce en la muerte del pecador, con toda seguridad hará que se concreten sus amenazas temibles en los que rechazaron su salvación. El Hijo de Dios no lloró con lágrimas vanas y sin causa, por un asunto liviano ni por sí mismo. Él conoce el valor de las almas, el peso de la culpa y cuánto oprime y hunde a la humanidad. Venga entonces Él y limpie nuestros corazones por Su Espíritu, de todo eso que lo contamina. Que los pecadores en todo lugar presten atención a las palabras de verdad y salvación.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—8. *Los sacerdotes y los escribas cuestionan la autoridad de Cristo.* 9—19. *La parábola de la viña y el propietario.* 20—26. *Sobre dar tributo.* 27—38. *Acerca de la resurrección.* 39—47. *Los escribas, silenciados.*

Vv. 1—8. A menudo, los hombres pretenden examinar las pruebas de la revelación y de la verdad del evangelio, cuando sólo andan buscando excusas para su propia incredulidad y desobediencia. Cristo responde a estos sacerdotes y escribas con una sencilla pregunta sobre el bautismo de Juan, que la gente corriente podía responder. Todos sabían que era del cielo, nada en este tenía una tendencia terrenal. A los que entierran el conocimiento que tienen, se les niega con justicia un conocimiento superior. Fue justo que Cristo rehusara dar cuenta de su autoridad a los que sabían que el bautismo de Juan era del cielo, pero no creían en él ni reconocían lo que sabían.

Vv. 9—19. Cristo dijo esta parábola contra los que resolvieron no reconocer su autoridad, aunque era tan completa la prueba de ella. ¡Cuántos se parecen a los judíos que asesinaron a los profetas y crucificaron a Cristo, en su enemistad contra Dios y la aversión a su servicio, porque desean vivir descontroladamente en conformidad con sus concupiscencias! Que todos los favorecidos con la palabra de Dios, la miren para usar provechosamente sus ventajas. Espantosa será la condena de quienes rechazan al Hijo y de quienes profesan reverenciarle, pero no dan los frutos a su debido tiempo. —Aunque no podían sino reconocer tal pecado, el castigo era justo, aunque ellos no pudieron tolerar escucharlo. La necesidad de los pecadores es que perseveran en los caminos pecaminosos aunque teman la destrucción al final de esos caminos.

Vv. 20—26. Los que son muy astutos en sus designios contra Cristo y su evangelio no pueden

ocultarlo. No dio respuesta directa, pero los reprendió por ofrecer imponerse sobre Él; y no pudieron hallar nada con que incitar al gobernador o al pueblo en su contra. La sabiduría que es de lo alto dirigirá a todos los que enseñan verdaderamente el camino de Dios para que eviten las trampas tendidas contra ellos por los hombres impíos; y enseñarán nuestro deber a Dios, a nuestros gobernantes y a todos los hombres tan claramente que los opositores no tendrán nada malo que decir de nosotros.

Vv. 27—38. Corriente es que los que conciben el sabotaje de la verdad de Dios, la carguen con dificultades. Nos equivocamos y dañamos la verdad de Cristo cuando formamos nuestras ideas del mundo de los espíritus por el mundo de los sentidos. Hay más mundos que el mundo visible actual y el mundo invisible futuro; que todos comparen este mundo y ese mundo y den preferencia, en sus pensamientos e intereses, al que los merezca. —Los creyentes tendrán la resurrección de los muertos; esa es la resurrección bendita. No podemos expresar ni concebir cuál será el estado dichoso de los habitantes de ese mundo, 1 Corintios ii, 9. Quienes entran en el gozo de su Señor, están totalmente arrobados con eso; cuando sea perfecta la santidad, no habrá ocasión para las previsiones contra el pecado. Cuando Dios se dice Dios de los patriarcas, quiere decir que fue el Dios absolutamente suficiente para ellos, Génesis xvii, 1; el excelente galardón de ellos. Génesis xv, 1. Él nunca hizo eso por ellos en este mundo, lo cual respondía a la plena magnitud de su esfuerzo; por tanto, debe haber otra vida en que Él hará eso por ellos, que cumplirá completamente la promesa.

Vv. 39—47. Los escribas elogiaron la respuesta de Cristo a los saduceos sobre la resurrección, pero fueron silenciados por una pregunta sobre el Mesías. Cristo, como Dios, era el Señor de David, pero Cristo, como hombre, era Hijo de David. —Los escribas recibieron el juicio más severo por engañar a las viudas pobres y por abusar de la religión, en particular de la oración, que usaban como pretexto para ejecutar planes impíos y mundanos. La piedad fingida es doble pecado. Entonces, roguemos a Dios que nos impida el orgullo, la ambición, la codicia, y toda cosa mala; y que nos enseñe a buscar ese honor que sólo viene de Él.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—4. *Cristo elogia a una viuda pobre.* 5—28. *Su profecía.* 29—38. *Cristo exhorta a estar alertas.*

Vv. 1—4. De la ofrenda de esta viuda pobre aprendamos que lo que damos en justicia para ayuda del pobre, y para el sostenimiento del culto a Dios, se da a Dios; y que nuestro Salvador ve con agrado lo que tenemos en nuestros corazones cuando damos para ayuda de sus miembros o para su servicio. ¡Bendito Señor! El más pobre de tus siervos tiene dos centavos, ellos tienen un alma y un cuerpo; convéncenos y capacítanos para ofrecerte ambos a Ti; ¡cuán dichosos seremos si los aceptas!

Vv. 5—19. Los cercanos a Cristo preguntan con mucha curiosidad cuándo será la gran desolación. Responde clara y completamente en la medida que era necesario para enseñarles su deber; porque todo conocimiento es deseable en la medida que sea para poner por obra. Aunque los juicios espirituales son los más corrientes de los tiempos del evangelio, Dios también hace uso de los juicios temporales. Cristo les dice qué cosas duras van a sufrir por amor de su nombre y les exhorta a soportar sus pruebas, y seguir con su obra, a pesar de la oposición que encontrarán. — Dios estará con vosotros, y os reconocerá y os asistirá. Esto se cumplió notablemente después del derramamiento del Espíritu Santo, por el cual Cristo dio sabiduría y elocuencia a sus discípulos. Aunque seamos perdedores *por* Cristo no seremos ni podemos ser perdedores *para* Él al fin. Nuestro deber e interés en todo tiempo, especialmente en los peligros de prueba, es garantizar la seguridad de nuestras almas. Mantenemos la posesión de nuestras almas por la paciencia cristiana y

dejamos fuera todas aquellas impresiones que nos harían perder el carácter.

Vv. 20—28. Podemos ver ante nosotros una profecía muy parecida a las del Antiguo Testamento que, juntas con su gran objeto, abarcan o dan un vistazo a un objeto más cercano de importancia para la Iglesia. Habiendo dado una idea de los tiempos de los siguientes treinta y ocho años, Cristo muestra que todas esas cosas terminarán en la destrucción de Jerusalén y la completa dispersión de la nación judía; lo cual será tipo y figura de la segunda venida de Cristo. —Los judíos dispersos a nuestro alrededor predicán la verdad del cristianismo y demuestran que las palabras de Jesús no pasarán aunque el cielo y la tierra pasarán. También nos recuerdan que oremos por los tiempos en que la verdadera Jerusalén y la espiritual no serán ya más pisoteadas por los gentiles, y cuando judíos y gentiles sean vueltos al Señor. —Cuando Cristo vino a destruir a los judíos, vino a redimir a los cristianos que eran perseguidos y oprimidos por ellos; y entonces tuvieron reposo las iglesias. Cuando venga a juzgar al mundo, redimirá de sus tribulaciones a todos los suyos. Tan completamente cayeron los juicios divinos sobre los judíos que su ciudad es puesta como ejemplo ante nosotros para mostrar que los pecados no pasarán sin castigo; y que los terrores del Señor y todas sus amenazas contra los pecadores que no se han arrepentido se llevarán a cabo, así como su palabra sobre Jerusalén fue verdad y grande su ira contra ella.

Vv. 29—38. Cristo dice a sus discípulos que observen las señales de los tiempos para que juzguen por ellos. Les encarga que consideren cercana la ruina de la nación judía. Sin embargo, esta raza y familia de Abraham no será desarraigada; sobrevivirá como nación y será hallada según fue profetizado, cuando sea revelado el Hijo del Hombre. —Les advierte contra estar confiados en su sensualidad. Este mandamiento es dado a todos los discípulos de Cristo. Cuidaos de no ser abrumados por las tentaciones ni traicionados por vuestras propias corrupciones. No podemos estar a salvo si estamos carnalmente seguros. Nuestro peligro es que nos sobrevenga el día de la muerte y el juicio cuando no estemos preparados. No sea que cuando seamos llamados a encontrarnos con nuestro Señor, lo que debiera estar más cerca de nuestros corazones sea lo que esté más lejos de nuestros pensamientos. Pues así será para la mayoría de los hombres que habitan la tierra y que únicamente piensan las cosas terrenales y no tienen comunicación con el cielo. Será terror y destrucción para ellos. —Aquí véase la que debiera ser nuestra mira para ser tenidos por dignos de escapar de todas esas cosas; para que cuando los juicios de Dios estén por todos lados, nosotros no estemos en la calamidad común, o que no sea para nosotros lo que es para los demás. ¿Se pregunta cómo puede ser hallado digno de comparecer ante Cristo en aquel día? Los que nunca han buscado a Cristo, que ahora vayan a Él; los que nunca se han humillado por sus pecados, que empiecen ahora; los que ya han empezado, que sigan y se conserven humildes. Por tanto, vela y ora siempre. Sé alerta contra el pecado; alerta en todo deber, y aprovecha al máximo toda oportunidad de hacer el bien. Ora siempre: serán tenidos por dignos de vivir una vida de alabanza en el otro mundo los que viven una vida de oración en este mundo. Empecemos, empleemos y concluyamos cada día atendiendo a la palabra de Cristo, obedeciendo sus preceptos, y siguiendo su ejemplo, para que cuando Él llegue nosotros seamos hallados velando.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—6. *La traición de Judas.* 7—18. *La pascua.* 19, 20. *Institución de la cena del Señor.* 21—38. *Cristo amonesta a los discípulos.* 39—46. *La agonía de Cristo en el huerto.* 47—53. *Cristo traicionado.* 54—62. *La caída de Pedro.* 63—71. *Cristo reconoce ser el Hijo de Dios.*

Vv. 1—6. Cristo conocía a todos los hombres y tuvo fines sabios y santos al aceptar que Judas fuera un discípulo. Aquí se nos dice cómo aquel que conocía tan bien a Cristo, llegó a traicionarlo: Satanás entró en Judas. Cuesta mucho decir si hacen más daño al reino de Cristo el poder de sus enemigos declarados o la traición de falsos amigos, pero sin éstos, los enemigos no podrían hacer

tanto mal como el que hacen.

Vv. 7—18. Cristo guardó las ordenanzas de la ley, particularmente la de la pascua para enseñarnos a observar las instituciones del evangelio y, más que nada, la de la cena del Señor. Los que andan por la palabra de Cristo no tienen que temer desilusiones. Según las instrucciones que les dio, todos los discípulos se prepararon para la pascua. —Jesús expresa su alegría por celebrar esta pascua. La deseaba, aunque sabía que luego vendrían sus sufrimientos, porque tenía como objetivo la gloria de su Padre y la redención del hombre. Se despide de todas las pascuas significando que terminan las ordenanzas de la ley ceremonial, de la cual la pascua era una de las primeras y la principal. El tipo fue dejado de lado, porque ahora en el reino de Dios había llegado la sustancia.

Vv. 19, 20. La cena del Señor es una señal o conmemoración de Cristo que ya vino, que nos liberó muriendo por nosotros; su muerte se pone ante nosotros de manera especial en esta ordenanza, por la que la recordamos. Aquí el partimiento del pan nos recuerda el quebranto del cuerpo de Cristo en sacrificio por nosotros. Nada puede ser mejor alimento y más satisfactorio para el alma que la doctrina de la expiación del pecado hecha por Cristo y la seguridad de tener parte en esa expiación. Por tanto, hacemos esto en memoria de lo que Él hizo por nosotros cuando murió por nosotros; y como recordatorio de lo que hacemos, al unirnos a Él en el pacto eterno. El derramamiento de la sangre de Cristo, por lo cual se hace la expiación, se representa por el vino en la copa.

Vv. 21—38. ¡Qué inconveniente para el carácter del seguidor de Jesús es la ambición mundana de ser el más grande, sabiendo que Cristo asumió la forma de siervo y se humilló hasta la muerte de cruz! En el camino a la dicha eterna tenemos que esperar ser atacados y zarandeados por Satanás. Si no puede destruirnos, tratará de hacernos desdichados o de angustiarnos. Nada precede con mayor certeza a la caída de un seguidor confeso de Cristo, que la confianza en sí mismo, con desconsideración por las advertencias y desprecio del peligro. A menos que velemos y oremos siempre podemos ser arrastrados en el curso del día a aquellos pecados contra los cuales estábamos más decididos en la mañana. Si los creyentes fueran dejados a sí mismos, caerían, pero son mantenidos por el poder de Dios, y la oración de Cristo. —Nuestro Señor les anuncia la aproximación de un cambio muy grande de circunstancias. Los discípulos no deben esperar que sus amigos sean amables con ellos como antes. Por tanto, el que tenga dinero, que lo lleve consigo porque puede necesitarlo. Ahora deben esperar que sus enemigos sean más feroces que antes y necesitarán armas. En esa época los apóstoles entendieron que Cristo quería decir armas reales, pero Él sólo hablaba de las armas de la guerra espiritual. La espada del Espíritu es la espada con que deben armarse los discípulos de Cristo.

Vv. 39—46. Cada descripción que dan los evangelistas de la disposición mental con que nuestro Señor enfrenta este conflicto, prueba la terrible naturaleza del ataque, y el perfecto conocimiento anticipado de sus terrores que poseía el manso y humilde Jesús. Aquí hay tres cosas que no están en los otros evangelistas: —1. *Cuando Cristo agoniza se presenta un ángel del cielo que le fortalece.* Parte de su humillación fue tener que ser fortalecido por un espíritu ministrador. —2. *Estando en agonía oró más fervorosamente.* La oración, aunque nunca es inoportuna, es especialmente oportuna cuando agonizamos. —3. *En esta agonía su sudor fue como grandes gotas de sangre que caían.* Esto muestra el sufrimiento de su alma. Debemos orar también para ser capacitados para resistir hasta derramar nuestra sangre en la lucha contra el pecado, si alguna vez se nos llama a eso. —¡La próxima vez que en tu imaginación te detengas a deleitarte en algún pecado favorito, piensa en sus efectos como los que ves aquí! Mira sus terribles efectos en el huerto de Getsemaní y desea profundamente odiar y abandonar a ese enemigo, con la ayuda de Dios, y rescatar pecadores por los cuales el Redentor oró, agonizó y sangró.

Vv. 47—53. Nada puede ser mayor afrenta o dolor para el Señor Jesús que ser traicionado por los que profesan ser sus seguidores, y dicen que le aman. Muchos ejemplos hay de Cristo traicionado por quienes, bajo la apariencia de piedad, luchan contra su poder. Aquí Jesús dio un ejemplo ilustre de su regla de hacer el bien a los que nos odian, como después lo dio sobre orar por quienes nos tratan desdeñosamente. La naturaleza corrompida envuelve nuestra conducta hasta el

extremo; debemos buscar la dirección del Señor antes de actuar en circunstancias difíciles. Cristo estuvo dispuesto a esperar sus triunfos hasta que su guerra estuviera consumada, y así debemos hacer nosotros también. La hora y el poder de las tinieblas fueron cortos, y siempre será así con los triunfos de los impíos.

Vv. 54—62. La caída de Pedro fue negar que conocía a Cristo y que era su discípulo; lo negó debido a la angustia y el peligro. El que una vez dice una mentira es tentado fuertemente a persistir: el comienzo de ese pecado, como en las luchas, es como dejar correr el agua. El Señor se vuelve y mira a Pedro: —1. Fue una mirada *acusadora*. Jesús se volvió y lo miró como diciendo, Pedro, ¿no me conoces? —2. Fue una mirada de *reproche*. Pensemos con que aspecto de reprensión nos mira Cristo, con justicia, cuando pecamos. —3. Fue una mirada de *amonestación*. ¡Tú que eras el más dispuesto a confesarme como Hijo de Dios, y prometiste solemnemente no negarme jamás! —4. Fue una mirada *compasiva*. Pedro, ¡cuán caído y deshecho estás si no te ayudo! —5. Fue una mirada de *mando* <D, vé y reflexiona. —6. Fue una mirada *significante*. Significaba la transmisión de gracia al corazón de Pedro para capacitarlo, para que se arrepintiera. La gracia de Dios obra en la palabra de Dios y por ella, la trae a la mente y la hace llegar a la conciencia, y así da al alma el feliz regreso. Cristo miró a los principales sacerdotes, pero no los impresionó como a Pedro. No fue la sola mirada de Cristo lo que restauró a Pedro, sino su gracia divina en ella.

Vv. 63—71. Los que condenaron a Jesús por blasfemo eran los más viles blasfemos. Los refirió a su segunda venida como prueba completa de que era el Cristo, para confusión de ellos, puesto que no reconocerían la prueba que los dejaría convictos. Se reconoce Hijo de Dios aunque sabe que debía sufrir por ello. Ellos basaron en esto su condena. Cegados sus ojos, se precipitaron. Meditemos en esta asombrosa transacción y consideremos a Aquel que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—5. *Cristo ante Pilato*. 6—12. *Cristo ante Herodes*. 13—25. *Barrabás preferido a Cristo*. 26—31. *Cristo habla de la destrucción de Jerusalén*. 32—43. *La crucifixión*.—*El malhechor arrepentido*. 44—49. *La muerte de Cristo*. 50—56. *El entierro de Cristo*.

Vv. 1—5. Pilato tenía bien clara la diferencia entre sus fuerzas armadas y los seguidores de nuestro Señor. Pero, en lugar de ablandarse por la declaración de inocencia dada por Pilato, y de considerar si no estaban echándose encima la culpa de sangre inocente, los judíos se enojaron más. El Señor lleva sus designios a un glorioso final, aun por medio de los que siguen las invenciones de su propio corazón. Así, todos los partidos se unieron, como para probar la inocencia de Jesús, que era el sacrificio expiatorio por nuestros pecados.

Vv. 6—12. Herodes había oído muchas cosas de Jesús en Galilea y, por curiosidad, anhelaba verlo. El mendigo más pobre que haya pedido un milagro para el alivio de su necesidad, nunca fue rechazado; pero este príncipe orgulloso, que pedía un milagro sólo para satisfacer su curiosidad, es rechazado. Podría haber visto a Cristo y sus prodigios en Galilea y no quiso; por tanto, se dice con justicia: Ahora que desea verlas, no las verá. Herodes mandó a Cristo de vuelta a Pilato: las amistades de los hombres impíos se forman a menudo de la unión en la maldad. En poco estaban de acuerdo, salvo en la enemistad contra Dios, y el desprecio por Cristo.

Vv. 13—25. El temor al hombre mete a muchos en la trampa de hacer algo injusto aún contra su conciencia para no meterse en problemas. Pilato declara inocente a Jesús y tiene la intención de dejarlo libre, pero, para complacer al pueblo, lo castiga como a malhechor. Si no halló falta en Él, ¿por qué castigarlo? Pilato se rindió a la larga; no tuvo el valor de ir contra una corriente tan fuerte. Dejó a Jesús librado a la voluntad de ellos para ser crucificado.

Vv. 26—31. Aquí tenemos al bendito Jesús, el Cordero de Dios, llevado como cordero al matadero, al sacrificio. Aunque muchos le reprocharon e insultaron, algunos lo compadecieron, pero la muerte de Cristo fue su victoria y triunfo sobre sus enemigos: fue nuestra liberación, la compra de la vida eterna para nosotros. Por tanto, no lloremos por Él sino por nuestros propios pecados, y los pecados de nuestros hijos, que causaron su muerte; y lloremos por temor a las miserias que nos acarreamos si tomamos su amor a la ligera, y rechazamos su gracia. Si Dios lo dejó librado a sufrimientos como estos, porque era sacrificio por el pecado, ¿qué hará con los pecadores mismos que se hicieron árbol seco, generación corrupta y mala y buena para nada! Los amargos sufrimientos de nuestro Señor Jesús deben hacernos estar sobrecogidos ante la justicia de Dios. Los mejores santos, comparados con Cristo, son árboles secos; si Él sufrió, ¿por qué ellos tendrían la expectativa de no sufrir? ¡Cómo será, entonces, la condenación de los pecadores! Hasta los sufrimientos de Cristo predicán terror a los transgresores obstinados.

Vv. 32—43. Tan pronto como Cristo fue clavado en la cruz, oró por los que lo crucificaron. Él murió para comprarnos y conseguírnos la gran cosa que es el perdón de pecados. Por esto oró. — Jesús fue crucificado entre dos ladrones; en ellos se muestran los diferentes efectos que la cruz de Cristo tiene sobre los hijos de los hombres por la predicación del evangelio. Un malhechor se endureció hasta el fin. Ninguna aflicción cambiará de por sí un corazón endurecido. El otro se ablandó al fin: fue sacado como tizón de la hoguera y fue hecho monumento a la misericordia divina. Esto no estimula a nadie a postergar el arrepentimiento hasta el lecho de muerte, o esperar hallar entonces misericordia. Ciertamente es que el arrepentimiento *verdadero* nunca es *demasiado tarde*, pero es tan cierto que el arrepentimiento *tardío* rara vez es *verdadero*. Nadie puede estar seguro de tener tiempo para arrepentirse en la muerte, pero nadie puede tener la seguridad de tener las ventajas que tuvo este ladrón penitente. — Veremos que este caso es único si observamos los efectos nada comunes de la gracia de Dios en este hombre. Él reprochó al otro por reírse de Cristo. Reconoció que merecía lo que le hacían. Creyó que Jesús sufría injustamente. Observe su fe en esta oración. Cristo estaba sumido en lo hondo de la desgracia, sufriendo como un engañador sin ser librado por su Padre. Hizo esta profesión antes que mostrara los prodigios, que dieron honra a los sufrimientos de Cristo, y asombraron al centurión. Creyó en una vida venidera, y deseó ser feliz en esa vida; no como el otro ladrón, que solo quería ser salvado de la cruz. Véase su humildad en esta oración. Todo lo que pide es, Señor, acuérdate de mí, dejando enteramente en manos de Jesús el cómo recordarlo. Así fue humillado en el arrepentimiento verdadero, y dio todos los frutos del arrepentimiento que permitieron sus circunstancias. — Cristo en la cruz muestra como Cristo en el trono. Aunque estaba en la lucha y agonía más grandes, aun así, tuvo piedad de un pobre penitente. Por este acto de gracia tenemos que comprender que Jesucristo murió para abrir el cielo a todos los creyentes penitentes y obedientes. Es un solo caso en la Escritura; debe enseñarnos a no desesperar de nada, y que nadie debiera desesperar; pero, para que no se cometa abuso se pone en contraste con el estado espantoso del otro ladrón que se endureció en la incredulidad, aunque tenía tan cerca al Salvador crucificado. Téngase la seguridad de que, en general, los hombres mueren como viven.

Vv. 44—49. Aquí tenemos la muerte de Cristo magnificada por los prodigios que la acompañaron, y su muerte explicada por las palabras con que expiró su alma. Estaba dispuesto a ofrendarse. Procuremos glorificar a Dios por el arrepentimiento verdadero y la conversión; protestando contra los que crucificaron al Salvador; por una vida santa, justa y sobria; y empleando nuestros talentos al servicio de aquel que murió y resucitó por nosotros.

Vv. 50—56. Aunque no se jacten de una profesión de fe externa hay muchos que como José de Arimatea, cuando se presenta la ocasión están más dispuestos que otros que hacen mucho ruido, a efectuar un servicio verdadero. — Cristo fue sepultado con prisa, porque se acercaba el día de reposo. Llorar no debe estorbar al sembrar. Aunque estaban llorando la muerte de su Señor aun así, debían prepararse para mantener santo el día de reposo. Cuando se acerca el día de reposo debe haber preparativos. Nuestros asuntos mundanos deben ser ordenados en forma tal que no nos impidan hacer la obra del día de reposo; y nuestros afectos santos deben ser tan estimulados que nos guíen a cumplirla. Cualquiera sea la obra que emprendamos, o como sean afectados nuestros corazones, no fallemos en prepararnos para el santo día de reposo y mantenerlo santo, porque es el

día del Señor.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—12. *La resurrección de Cristo.* 13—27. *Se aparece a dos discípulos en el camino a Emaús.* 28—35. *Se da a conocer a ellos.* 36—49. *Cristo se aparece a otros discípulos.* 50—53. *Su ascensión.*

Vv. 1—12. Véase el afecto y el respeto que las mujeres demostraron hacia Cristo, después que murió y fue sepultado. Obsérvese la sorpresa cuando hallaron removida la piedra y vacía la tumba. Los cristianos suelen quedar confundidos con lo que debiera consolarlos y animarlos. Esperaban hallar a su Maestro en su sudario, en vez de ángeles en ropajes refulgentes. Los ángeles les aseguraron que había resucitado de entre los muertos; ha resucitado por su poder. Estos ángeles del cielo no traen un evangelio nuevo, pero recuerdan a las mujeres las palabras de Cristo, y les enseñan a aplicarlas. —Podemos maravillarnos de estos discípulos, que creían que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías verdadero, a los que tan a menudo les había dicho que debía morir y resucitar, y luego entrar en su gloria, y que en más de una ocasión le habían visto resucitar muertos, pudieran tardar tanto en creer en su resurrección por su poder. Todos nuestros errores en la religión surgen de ignorar u olvidar las palabras que Cristo ha dicho. —Ahora Pedro corre al sepulcro, él que tan recientemente había huido de su Maestro. Estaba asombrado. Hay muchas cosas que nos causan estupefacción y confusión, y que serían claras y provechosas si entendiésemos correctamente las palabras de Cristo.

Vv. 13—27. Esta aparición de Jesús a los dos discípulos que iban a Emaús, sucedió el mismo día en que resucitó de entre los muertos. Muy bien corresponde a los discípulos de Cristo hablar de su muerte y resurrección, cuando están juntos; de este modo pueden beneficiarse del conocimiento mutuo, refrescarse mutuamente la memoria y estimularse unos a otros sus afectos devotos. Dónde haya sólo dos que estén ocupados en este tipo de obra, Él vendrá a ellos y será el tercero. Los que buscan a Cristo lo hallarán: Él se manifestará a los que preguntan por Él; y dará conocimiento a los que usan las ayudas que tienen para el conocimiento. —No importa cómo fue, pero ocurre que ellos no lo conocieron; Él lo ordenó así para que ellos pudieran conversar más libremente con Él. Los discípulos de Cristo suelen entristecerse y apenarse aunque tienen razón para regocijarse, pero por la debilidad de su fe, no pueden tomar el consuelo ofrecido. Aunque Cristo entró a su estado de exaltación, todavía nota la tristeza de sus discípulos y se aflige de sus aflicciones. —Son forasteros en Jerusalén los que no saben de la muerte y de los padecimientos de Jesús. Los que tienen el conocimiento de Cristo crucificado, deben tratar de difundir ese saber. Nuestro Señor Jesús les reprochó la debilidad de su fe en las Escrituras del Antiguo Testamento. Si supiéramos más de los consejos divinos según han sido dados a conocer en las Escrituras, no estaríamos sujetos a las confusiones en que a menudo nos enredamos. Les muestra que los padecimientos de Cristo eran, realmente, el camino designado a su gloria, pero la cruz de Cristo era aquello en que ellos no se podían reconciliar por sí mismos. Empezando por Moisés, el primer escritor inspirado del Antiguo Testamento, Jesús les expone cosas acerca de sí mismo. Hay muchos pasajes en todas las Escrituras con referencia a Cristo, y es muy provechoso reunirlos. No nos adentramos en ningún texto sin encontrar algo referido a Cristo, una profecía, una promesa, una oración, un tipo u otra cosa. El hilo de oro de la gracia del evangelio recorre toda la trama del Antiguo Testamento. Cristo es el mejor expositor de la Escritura y, aun después de su resurrección, condujo a la gente a conocer el misterio acerca de sí mismo; no por el planteamiento de nociones nuevas, sino mostrándoles cómo se cumplió la Escritura, y volviéndolos al estudio ferviente de ellas.

Vv. 28—35. Si deseamos tener a Cristo habitando en nosotros, debemos ser honestos con Él. Los que han experimentado el placer y el provecho de la comunión con Él, sólo pueden desear más

de su compañía. Tomó el pan, lo bendijo y lo partió, y lo dio a ellos. Esto hizo con la autoridad y afecto acostumbrado, en la misma forma, quizás con las mismas palabras. Aquí nos enseña a desear una bendición para cada comida. Véase cómo Cristo, por su Espíritu y su gracia, se da a conocer a las almas de su pueblo. Les abre las Escrituras. Se reúne con ellos en su mesa, en la ordenanza de la cena del Señor; se da a conocer a ellos al partir el pan, pero la obra se completa abriéndoles los ojos del entendimiento; tenemos breves visiones de Cristo en este mundo, pero cuando entremos al cielo lo veremos para siempre. —Ellos habían encontrado poderosa la predicación, aunque no reconocieron al predicador. Las Escrituras que hablan de Cristo harán arder los corazones de sus verdaderos discípulos. Probablemente nos haga el mayor bien lo que nos afecta con el amor de Jesús al morir por nosotros. Es deber de aquellos a quienes se ha mostrado, dar a conocer al prójimo lo que Él ha hecho por sus almas. De gran uso para los discípulos de Cristo es comparar sus experiencias y contárselas unos a otros.

Vv. 36—49. Jesús se apareció de manera milagrosa, asegurando a los discípulos su paz, aunque ellos lo habían olvidado tan recientemente, y prometiéndoles paz espiritual con cada bendición. Muchos pensamientos conflictivos que inquietan nuestra mente, proceden de errores sobre Cristo. Todos los pensamientos conflictivos que surgen en nuestros corazones en cualquier momento son conocidos por el Señor Jesús, y le desagradan. Habló con ellos sobre su incredulidad irracional. Nada ha pasado, sino lo anunciado por los profetas, y lo necesario para la salvación de los pecadores. Ahora, se debe enseñar a todos los hombres la naturaleza y la necesidad del arrepentimiento para el perdón de sus pecados. Se debe procurar estas bendiciones por fe en el nombre de Jesús. Cristo por su Espíritu obra en las mentes de los hombres. Hasta los hombres buenos necesitan que se les abra el entendimiento, pero para que piensen bien de Cristo, nada se necesita más que se les haga entender las Escrituras.

Vv. 50—53. Cristo ascendió desde Betania, cerca del Monte de los Olivos. Ahí estaba el huerto donde empezaron sus sufrimientos; ahí estuvo en su agonía. Los que van al cielo deben ascender desde la casa de los sufrimientos y los dolores. Los discípulos no lo vieron salir de la tumba; su resurrección pudo probarse viéndolo vivo después: pero lo vieron ascender al cielo; de lo contrario, no hubiesen tenido pruebas de su ascensión. —Levantó las manos y los bendijo. No se fue descontento, sino con amor, dejando una bendición tras Él. Como resucitó, así ascendía, por su poder. —Ellos le adoraron. Esta nueva muestra de la gloria de Cristo sacó de ellos nuevos reconocimientos. Volvieron a Jerusalén con gran gozo. La gloria de Cristo es el gozo de todos los creyentes verdaderos, ya en este mundo. Mientras esperamos las promesas de Dios, debemos salir a recibirlas con alabanzas. Nada prepara mejor la mente para recibir al Espíritu Santo. Los temores son acallados, las penas endulzadas y aliviadas, y se conservan las esperanzas. Esta es la base de la confianza del cristiano ante el trono de la gracia; sí, el trono del Padre es el trono de la gracia para nosotros, porque también es el trono de nuestro Mediador, Jesucristo. Descansemos en sus promesas e invoquémoslas. Atendamos a sus ordenanzas, alabemos y bendigamos a Dios por sus misericordias, pongamos nuestros afectos en las cosas de arriba, y esperemos la venida del Redentor para completar nuestra felicidad. Amén. Sí, Señor Jesús, ven pronto.

Henry, Matthew